



# LECTURAS OBLIGATORIAS PARA LA ESCUELA PRIMARIA

## PRIMER GRADO INFERIOR

Contiene todos los cuentos, fábulas y anécdotas que el maestro debe relatar a los alumnos de acuerdo con los nuevos programas.

Contiene, además, todas las lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación y de los asuntos.

*por*

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY



“LIBRERIA DEL COLEGIO”

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE ESTUDIOS

LECTURAS OBLIGATORIAS

PRIMER GRADO INFERIOR

*Derechos reservados*  
(Ley 11723)

32569

# LECTURAS OBLIGATORIAS

## PARA LA ESCUELA PRIMARIA

21.28  
21.50

**PRIMER GRADO INFERIOR**

Contiene todos los cuentos, fábulas y anécdotas que el maestro debe relatar a los alumnos de acuerdo con los nuevos programas.

Contiene, además, todas las lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación y de los asuntos.

por

E. GONZÁLEZ TRILLO - L. ORTIZ BEHETY



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

(62)

129X19

"LIBRERIA DEL COLEGIO"

(CASA EDITORA)

Alsina y Bolívar - Buenos Aires

1940

# Obras de los Autores

## OBRAS LITERARIAS

- Kilómetro 823, tiempo de soledad, pueblos de las orillas del Teiken. *Poemas.*  
Tierra Sur. *Poemas.*  
Canciones junto al fuego del vivac. *Poemas.*  
Limo. *Novela.*  
Diez adolescentes. *Novela.*  
Puerto Hambre. *Novela.*  
Querencia de Buenos Aires. *Poemas en prosa.*  
Materia de ensueño. *Reconocimiento.*  
Substancia de muerte. *Poemas.*  
Sacrificio de la paloma de cristal. *Poemas.*  
Nacimiento de Buenos Aires. *Poema en prosa.*  
Tierra de las estrellas en cruz. *Poemas.*  
Poemas de Stéphane Mallarmé. *Traducción.*  
Poemas de Tristán Corbière. *Traducción.*  
Poemas de Arthur Rimbaud. *Traducción.*

## OBRAS DIDACTICAS

- Gramática castellana. *Primer año.*  
Gramática castellana. *Segundo año.*  
Gramática castellana. *Tercer año.*  
Historia de la literatura americana.  
Lecturas americanas.  
Historia de la literatura española.  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Primer grado inferior.*  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Primer grado superior.*  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Segundo grado.*  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Tercer grado.*  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Cuarto grado.*  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Quinto grado.*  
Lecturas obligatorias para la escuela primaria. *Sexto grado.*

## PROLOGO

*Publicamos este libro destinado a los maestros, con el propósito de poner en sus manos un instrumento que creemos indispensable para su labor.*

*Al reunir en volumen un conjunto de lecturas destinadas a dar cumplimiento a los nuevos programas, hemos querido facilitar en todo lo posible el trabajo de búsqueda y de selección, entregando a los maestros, no sólo las lecturas obligatorias que deben hacer conocer a sus alumnos, sino también todas aquellas lecturas necesarias para el desarrollo didáctico de los temas de conversación y de los asuntos.*

*En los nuevos programas se advierte el propósito fundamental de dar a la enseñanza una orientación práctica, y en los temas de lenguaje, el de hacer conocer al alumno, al iniciar el desarrollo de un tema, un bello trozo literario que lo ponga en contacto con el modelo vivo de la palabra, consiguiendo de esta manera purificar su habla, darle un completo elemento de expresión, ampliar su vocabulario y ensanchar sus horizontes.*

*Nada mejor, para el estudio de la lengua culta, que un hermoso poema, un pequeño relato, una página literaria, en los que afamados escritores han puesto lo mejor de su espíritu.*

*El maestro encontrará, así, preparado el camino que ha de abrir nuevos rumbos en el alma infantil.*

*Es nuestro más ferviente deseo que este libro sea para el maestro un compañero útil.*

LOS AUTORES.



## INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

### LENGUAJE

#### (ACTIVIDADES, NORMAS, CONSEJOS Y SUGESTIONES PARA LA REALIZACION DEL PROGRAMA DE CONOCIMIENTOS)

*La primera maestra de lenguaje es la madre. No sin razón se llama lengua materna al idioma que hablan los naturales de un país. El maestro de primer grado inferior no inicia al niño en el aprendizaje del idioma. Es el continuador de la obra comenzada en el hogar.*

*Al ingresar el niño en la escuela conoce la lengua oral, pero no la escrita. "Ahora bien, dice Brunot, el niño aprenderá en la escuela a escribir correctamente, pero ya sabe hablar. Por consiguiente, en la lengua hablada hay que fundar las primeras observaciones". (L'Enseignement de la Langue Française).*

*Es indudable que la lengua oral del niño necesita ser enriquecida y depurada. Hay que corregir toda suerte de errores.*

*En este grado la tarea del maestro ha de consistir, entonces, en la enseñanza de la lectura y la escritura, en el enriquecimiento del vocabulario y en la corrección de errores, especialmente los de pronunciación.*

*En la enseñanza del idioma, más que en cualquier otra asignatura, el maestro debe ser, según la frase tantas veces repetida, el modelo viviente que han de imitar los alumnos.*

*Por razones obvias, como quedó dicho, los primeros ejercicios de lenguaje han de ser orales.*

*Las conversaciones sobre hechos de la vida diaria, los comentarios que surjan de la contemplación de láminas y la narración de cuentos, fábulas, historietas, anécdotas, etc., servirán de base a la enseñanza del lenguaje en este grado.*

Los ejercicios de copia y los de dictado se realizan principalmente en el aprendizaje de la lectura y la escritura.

Quedan excluidas las nociones gramaticales, aun las más rudimentarias.

## LECTURA Y ESCRITURA

La lectura. — a) Aunque en español no existe el sonido de "ve" labidental, no debe censurarse al maestro de primer grado inferior que en la enseñanza de la lectura establezca diferencia entre los signos "b" y "v". Habrá que "tolerar" esa distinción como arbitrio que facilita la enseñanza de la escritura. Pero terminado el aprendizaje de la llamada lectura rudimentaria no se hará semejante distinción, ni en la lectura, ni en la conversación.

Dar al signo "v" el valor de un fonema labidental, lejos de ser exigencia de una buena dicción, es indicio de pronunciación falsa y pedantesca, fruto de una equivocada preocupación escolar. En otros casos denota la influencia de una lengua extranjera. (Entre nosotros suele ocurrir esto en la Boca con niños argentinos hijos de italianos).

"En la escritura, dice Navarro Tomás, b y v se distinguen escrupulosamente; pero su distinción es sólo ortográfica". (Manual de pronunciación española).

Si en la pronunciación no hay que hacer diferencia entre "b" y "v", no ocurre lo mismo con los fonemas "elle" y "ye", cuya distinción debe propagar la escuela. Refiriéndose a la necesidad de pronunciar correctamente la "ll", dice la Comisión de Didáctica que "imponer la distinción entre "y" y "ll" es hacedero, facilita la correspondencia entre la pronunciación y la escritura y acrecienta el caudal fonético de nuestra habla". (Dictamen sobre la corrección del lenguaje en las transmisiones por radio).

b) Conocido y ejercitado suficientemente un sonido se enseñará el nombre que tiene en el alfabeto español.

En el último mes de clase los niños recitarán con celeridad el abecedario. Destiérrense los últimos vestigios de la mala práctica de llamar "cehache" a la "che".

c) Despertar amor por la lectura debe ser el pensamiento dominante en el espíritu del maestro.

Como por la lectura nos ponemos en contacto con la belleza y el saber contenidos en los buenos libros, comunicarnos afición a ella es poner en nuestras manos el instrumento que permite apropiarse de esos tesoros. Con razón nuestro primer prosista

recuerda agradecido el bien que su padre le hizo al infundirle amor a la lectura:

"Debí, pues, a mi padre la afición a la lectura, que ha hecho la ocupación constante de una buena parte de mi vida, y si no pudo después darme educación por su pobreza, dióme en cambio por aquella solicitud paterna, el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo suplí a todo, llenando el más constante, el más fervoroso de sus votos". (Recuerdos de Provincia).

ch) No hay inconveniente en hablar de lectura "mecánica", lectura "intelectual" y lectura "expresiva", siempre que no se las considere como especies distintas que corresponden a diferentes grados. Los programas aprobados en 1910 decían muy cuerdamente a este respecto: "En el plan de enseñanza, la lectura está considerada desde un triple punto de vista: lectura mecánica, lectura intelectual y lectura expresiva; pero en la obra escolar cotidiana, el maestro no ha de enseñar un aspecto independientemente de otro, pues la lectura siempre es una".

El niño de primer grado inferior debe llegar a leer expresivamente, se sobreentiende con la expresión adecuada a las sencillas lecturas de ese grado. Ha de recorrer, pues, esas tres fases o momentos de un acto único. Sobrepasará la fase mecánica para llegar a la lectura intelectual y como último momento de ese proceso, a la expresiva.

La escritura. — a) El maestro escribirá con letra vertical y el niño con letra vertical o inclinada, según sean sus tendencias.

b) Sólo se empleará papel rayado (de una sola raya).

c) Se recomienda usar lápices blandos.

ch) Los niños comenzarán a escribir con tinta en el segundo término, o antes si el adelanto del grado lo permitiere.

d) La buena posición del cuerpo, la adecuada manera de tomar el lápiz o el portaplumas y la conveniente colocación del cuaderno serán objeto de especial atención para que el niño no adquiera malos hábitos.

Ejerza incansablemente el maestro esa vigilancia convencido de que hechos minúsculos al parecer, como la adecuada posición del cuerpo en la escritura, tienen repercusión duradera en la vida del hombre.

Recuerde estas palabras de Sarmiento:

"Y como el mal hábito adquirido de sentarse mal en la escuela dura toda la vida, la forma del cuerpo, la salud y aun la duración de la existencia serán afectadas".

# Parte Primera

## CUENTOS PARA SER RELATADOS

### INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

Cuentos, fábulas, historietas, anécdotas, etc. — José Asunción Silva, en la poesía titulada "Crepúsculo" habla así de la influencia de los cuentos fantásticos en la imaginación del niño:

*¡Fantásticos cuentos de duendes y hadas  
llenos de paisajes y de sugeriones,  
que abris a lo lejos amplias perspectivas  
a las infantiles imaginaciones!*

Y refiriéndose a su persistencia a través del tiempo, dice:

*¡Cuentos más durables que las convicciones  
de graves filósofos y sabias escuelas,  
y que rodeasteis con vuestras ficciones  
las cunas doradas de las bisabuelas!*

Del valor pedagógico de los cuentos habla en estos justos términos Carmen García Arroyo:

"Los niños sienten verdadera pasión por los cuentos; no se cansan de oírlos, y permanecen quietos, inmóviles, sin pestañear, los ojos fijos en el narrador un tiempo que nadie esperaría de su habitual movilidad e inquietud. Aprovechemos la pasión que los niños sienten por los cuentos para enseñarles a hablar.

Como hemos dicho en capítulos anteriores, oír hablar es un medio tan eficaz como hablar cuando se aprende un idioma; pero los niños, como los mayores, sólo escuchan cuando les interesa lo que se les dice: de ahí el valor de los cuentos.

No todo el mundo posee el arte de contar cuentos. El maestro debe esforzarse por adquirirlo. El lenguaje que emplee en sus relatos debe ser familiar, pero correcto y muy expresivo; el cuento, interesante". (La enseñanza del idioma).

Tanto si se trata de cuentos tradicionales como de los modernos habrá que excluir los terroríficos y los que encierren sugeriones inmorales, sea cual fuere su valor estético. Igual exclusión sufrirán aquellos que pudiesen alterar el ambiente.

de neutralidad en materia política y religiosa que debe reinar en las escuelas del Estado.

Los cuentos que más cautivan a los niños pequeños son los fantásticos. En los primeros meses de clase conviene referirles cuentos de esa naturaleza. Más adelante vendrán los que narren hechos de la vida real.

Entre los fantásticos no pueden faltar "Caperucita Roja" y "La Cenicienta", universalmente conocidos. Si se desea referirles cuentos de esa clase narrados por escritores de habla española pueden utilizarse estos dos de José Martí: "Meñique" y "Los dos ruiseñores".

En los últimos meses del curso escolar, es decir, cuando el niño sea capaz de interesarse por cuentos en que no haya personajes sobrenaturales, convendría narrarles, entre otros, los siguientes:

"Bebé y el señor don Pomposo", de José Martí.

"La camisa del hombre feliz", del Padre Luis Coloma.

"El rey en busca de novia", de Trueba.

Es innecesario decir que el maestro hará las supresiones y los agregados necesarios para adaptar el cuento a la capacidad de sus oyentes.

## CAPERUCITA ROJA

Había una vez en un antiguo pueblecito de casas blancas, un matrimonio de campesinos, gente buena, honrada y trabajadora.

Estos buenos labradores tenían una hija, niña joven y hermosa, a quienes todos daban el nombre de Caperucita Roja.

Este nombre lo debía a una linda gorrita colorada que su mamá le había hecho, y con tal motivo Caperucita Roja la llevaba siempre y le gustaba lucirla.

Su papá y su mamá la querían entrañablemente y deseaban verla siempre feliz y contenta.

Su abuelita, una buena viejecita que vivía en el fondo del bosque, la quería también con locura.

La querían tanto porque Caperucita Roja, además de

ser joven y linda, era amable, generosa, simpática y estudiosa. Tenía sólo un defecto: era un poco desobediente y a veces no hacía caso de los buenos consejos de su madre.

Un día la mamá de Caperucita la llamó y le dijo estas palabras:

—Mira, Caperucita Roja, acabo de recibir la noticia de que tu abuelita está enferma. La mujer del guardabosques me lo ha dicho y también me ha comunicado que tu abuelita desea verte.

—¿Qué es lo que tiene, mamá? —preguntó Caperucita, acongojada.

—No es nada grave, afortunadamente. Es sólo un enfriamiento. Creo que no será nada de cuidado. Pero, a pesar de todo, es necesario que vayas a verla, a ver si necesita alguna cosa.

—¡Oh, sí, mamá! ¡iré en seguida! —respondió la niña, alborozada.

—Le llevarás esta cestita con algunas cosas que he preparado especialmente para ella: tortas, chocolate, huevos y unos dulces.

—Muy bien, mamá; abuelita se pondrá muy contenta.

—Bueno, puedes partir ahora mismo. Pero has de tener mucho cuidado en los caminos del bosque. Toma la senda del álamo blanco y no te apartes de ella.

—Así lo haré, mamita.

—Y escucha bien, hija mía, si te encuentras en el bosque con el lobo, que es malo, feroz y sanguinario, no te detengas a hablar con él. Mira que es muy traicionero y tiene muchas artimañas para engañar a las niñas.

—No temas, mamá, tomaré el caminito del álamo blanco e iré derecho a la casa de abuelita. Adiós.

Se despidió la niña de su mamá y se dirigió hacia el bosque, llevando la cestita con los manjares para su abuela.

Tomó el sendero indicado por su mamá y en uno de los recodos se encontró de golpe con el terrible lobo.

—Buenos días, Caperucita Roja —le dijo el lobo, dulcificando su voz.

Caperucita se acordó de los consejos de su madre, quiso seguir su camino sin contestar el saludo del animal, pero se dijo:

—¿Es posible que este animal tan cortés y amable, sea capaz de hacerme el menor daño?

Miró al lobo, le sonrió y respondió a su saludo:

—¡Buenos días, señor lobo!

—¿Dónde vas tan temprano? —le preguntó el lobo con la mayor amabilidad.

—Voy a casa de mi abuelita, que está enferma —respondió la niña.

—¿Y qué llevas en esa cestita, querida niña? —continuó preguntando el lobo.

—Llevo tortas, chocolate, huevos y unos dulces, que preparó mi mamá para ella.

Trató Caperucita Roja de terminar la conversación, para continuar su camino, pero el lobo la detuvo con un ademán.

—¿Dónde vive tu abuelita? —le preguntó.

—Vive en la casita blanca que está en el fondo del bosque, allí donde termina el sendero del álamo blanco.

—¿Por dónde vas a ir? —continuó preguntando el lobo.

—Por el camino del álamo, que es el más corto y además fué el que mi mamá me aconsejó que tomara.

—¡Oh, qué tontería! —exclamó el lobo—. Yo conozco un camino mucho más lindo, lleno de árboles maravillosos y de pájaros de colores...

—Iría con gusto —dijo la niña, deslumbrada por las

palabras del lobo— pero he prometido a mi mamá tomar el camino del álamo blanco.

—Eres una tonta —regañó el lobo—. ¿Por qué ha de saber tu mamá que has ido por el otro camino? Yo no se lo diré, y si tú callas, el secreto quedará entre los dos.

—Es que yo no podré mentirle a mi mamita... Tendría que decirle toda la verdad.

—Pero ¿es que no quieres ver ese camino maravilloso lleno de árboles que dan frutas sabrosas, lleno de flores de todos los colores, lleno de pájaros de plumaje finísimo, pájaros azules, verdes, rojos?...

Caperucita Roja abría sus ojos de asombro ante la descripción del lobo. Deseaba conocer ese camino maravilloso, pero no se atrevía a desobedecer el consejo de su madre

El lobo, comprendiendo que la niña no podría resistir a la tentación, agregó:

—Además, si vas a ver a tu abuelita ella quedaría muy contenta si tú le llevaras un bello ramo de flores Y en el camino hay flores espléndidas y encantadoras.

—Eso sí —respondió Caperucita— a mi abuelita le gustan mucho las flores y se pondrá muy contenta si yo le llevo un ramo. Me ha convencido, señor lobo, iré por el camino largo.

—Siento no poder acompañarte —dijo el lobo—, se me ha hecho muy tarde y tengo que ir hacia el barranco.

—Adiós, señor lobo —dijo la niña.

—Adiós, linda Caperucita, y que tengas mucha suerte.

Y mientras Caperucita Roja se alejaba por el tentador camino, el lobo se quedó un largo rato contemplándola mientras se relamía de gusto.

Corrió el lobo por el sendero del álamo blanco, y pronto encontró la casita de que le había hablado la niña. Dió un suave golpe en la puerta y esperó.

Desde el interior se oyó la voz de la abuelita que preguntaba:

—¿Quién es?

El lobo, tratando de afinar su voz, respondió:

—Soy yo, abuelita, soy Caperucita Roja que viene a traerte un regalito.

—Yo no puedo levantarme, Caperucita —respondió la abuela—, empuja la puerta y podrás entrar con facilidad.

El lobo dió un violento empujón a la frágil puerta y penetró en la pieza de la abuelita. Ella lanzó un grito de terror y el lobo se abalanzó sobre ella y se la comió.

Rápidamente buscó entre la ropa de la abuelita, una camisa de dormir y una cofia y se disfrazó.

Metióse luego en la cama y se dispuso a esperar la llegada de Caperucita.

Vió sobre la mesita de luz los anteojos de la abuelita y se los puso para parecerse aun más a ella.

Tomó un espejo y se contempló con placer.

Lanzó una sonora carcajada y dijo:

—Cuando venga Caperucita creerá que soy su abuelita, sin duda alguna.

Caperucita Roja había hecho, mientras tanto, un bellísimo ramo de flores.

—¡Qué contenta se va a poner abuelita! —pensó— es hora ya de que tome el sendero del álamo blanco, antes de que se haga más tarde.

Llegó Caperucita al final del sendero y se detuvo frente a la casa de su abuelita.

Dió unos golpes en la puerta.

Desde el interior una voz que trataba de ser lo más suave posible, le preguntó:

—¿Quién es?

—Soy yo, abuelita, soy Caperucita Roja que está deseando darte un abrazo.

—Estoy en la cama, querida nietita, y no puedo levantarme. Empuja la puerta y entra.

Así lo hizo Caperucita y se encontró en la alcoba de su querida abuelita. La pieza estaba casi a oscuras y apenas si se distinguía nada entre esa sombra espesa.

—¡Qué oscura está tu pieza, abuelita! —dijo Caperucita.

—Es que la luz me hace mal a la vista, querida niña —respondió el lobo, tratando de que su voz fuese lo más fina posible.

—¿Estás mejor, abuelita?

—No, niña mía, estoy bastante mal, pero no te quedes allí parada, acércate, acércate, que quiero verte aquí, junto a mi cama.

Se acercó la niña y al llegar a la cama quiso abrazar a su abuelita.

El lobo, temiendo ser descubierto, le dijo:

—No, no me beses ni me abras, que puedo contagiarte. Quédate ahí, junto a mi lecho, así puedo verte a mis anchas.

Caperucita Roja, mostrando una cestita, le dijo:

—Aquí te traigo, abuelita, unas tortas y unos dulces que preparó mamá.

—Muchas gracias, querida mía —respondió el lobo, haciendo una mueca que quería parecer agradable.

—Además he recogido estas flores para ti —agregó la niña, mostrando el bello ramo.

—¡Qué hermosas son, Caperucita! ¡Cuánto te agradezco que te hayas acordado de mí!

Los ojos de Caperucita ya empezaban a distinguir entre la sombra; iba distinguiendo los contornos de los objetos, y le llamaron la atención muchas cosas raras.

—Pero abuelita —dijo— ¡qué orejas más grandes tienes!

A lo que el lobo respondió:

—Caperucita, ¡es para oírte mejor!

La niña miró con mayor atención y dijo:

—Pero, abuelita, ¡qué ojos más grandes tienes!

Y el lobo respondió:

—Hija mía, ¡es para verte mejor!

La niña, extrañada, continuó su examen:

—Abuelita, ¡qué nariz más grande tienes!

—Hija mía, ¡es para estornudar mejor!

Vió Caperucita Roja las manos del lobo, y dijo:

—Abuelita, ¡qué manos tan grandes tienes!

El lobo temió verse descubierto y tomó a la niña entre sus brazos, mientras decía:

—Hija mía, ¡es para abrazarte mejor!

Vió ella la boca del lobo y gritó:

—Pero, abuelita, ¡qué boca más grande tienes!

El lobo, abriendo su tremenda boca, dijo:

—¡Es para comerte mejor!

Y antes de que la niña pudiera defenderse, se la comió.

Después sintiéndose harto se echó a dormir, dando enormes ronquidos.

El guardabosques que pasaba en ese momento por allí, pensó:

—¿Qué le pasará a esta pobre señora? ¡Debe estar muy enferma!

Se acercó al lecho y vió con tamaña sorpresa al lobo disfrazado de abuelita. Le apuntó con su escopeta y le disparó un tiro. El terrible lobo quedó muerto en el acto. Luego tomó su cuchillo y abrió el vientre del feroz animal, de donde salió de un salto, Caperucita.

Después sacó a la abuelita, que no había sufrido más que algunas lastimaduras.

Caperucita abrazó llorando a la buena abuela, le pidió

perdón y le prometió no volver a desobedecer jamás los consejos de su madre.

*Carlos Perrault.*

**Carlos Perrault.**—Célebre escritor francés del siglo XVII (1628-1703), autor de famosos cuentos de hadas, dedicados a los niños.

## LA CENICIENTA

Había una vez un caballero que tenía una hija... Pero como era viudo decidió volver a casarse. Conoció a una dama, también viuda, que tenía dos hijas y creyó que esa señora haría la felicidad propia y la de su hogar, dando además una nueva madre a su hija.

Se casó, pues, pero en vez de ser para la felicidad de su hija, fué para su desgracia. Sus dos hijastras, Adelfa y Gertrudis, contrastaban enormemente con su hija. Aquéllas eran malas, crueles, perversas; ésta, en cambio, era de un carácter suave, tierno y humilde.

Su hija se llamaba Esmeralda y desde el día en que su padre decidió casarse nuevamente, la vida fué un tormento para ella. Su madrastra la odiaba; mientras todos sus actos eran halagos para Adelfa y Gertrudis, a la pequeña Esmeralda no trataba más que con dureza y rencor. Para sus hijas el holgorio, las fiestas, la vida fácil; para Esmeralda todo el peso de las faenas domésticas: fregar, barrer, limpiar, arreglar los cuartos, hacer la comida, ir al mercado, etc.

Esmeralda, al final del día, quedaba exhausta y cuando se disponía a gozar de su bien ganado reposo, aparecía su madrastra y le encargaba el zurcido de la ropa, el planchado de las sábanas, y como si esto fuera poco, la hacía bordar algunas prendas para sus hijas.

Como se pasaba el día junto a los fogones, encendien-

do fuego, mondando patatas, limpiando hortalizas, fregando los utensilios de cocina, la llamaron "Cenicienta".

Y sobre todo porque odiaban el hermoso nombre de Esmeralda que ella poseía, como envidiaban también su belleza, su delicadeza y su ternura.

Durante todo el día no se oía en la casa más nombre que el de "Cenicienta", siempre pronunciado con aspereza y brutalidad.

—"Cenicienta", anda a comprar pan...

—"Cenicienta", vete a limpiar el granero...

—"Cenicienta", zurce ese delantal...

Nunca una palabra de cariño; siempre una orden o un mandato...

Hasta que un día...

---

El rey del país donde moraba nuestra heroína tenía un hijo a quien deseaba casar. Quería el rey que su hijo se casara con la mujer más linda y más buena de la tierra.

Con este fin decidió organizar grandes bailes en su palacio e invitó a todas las muchachas solteras de la región.

Entre las invitadas al primer baile figuraban Adelfa, Gertrudis y la madre de ambas.

Pasaban los días y las noches atareadas en la elección y preparación de sus vestidos, pero todo el peso de la tarea de arreglarlos caía en la pobrecita Cenicienta.

—Yo —decía Gertrudis, que era la mayor—, me pondré mi vestido de terciopelo carmesí, con adornos de encajes de Inglaterra.

—Yo —replicaba Adelfa— me pondré un vestido adornado con flores de oro y luciré en la garganta un espléndido collar de perlas cuyo brillo ha de oscurecer a las más hermosas.

Llegó el día tan esperado y las dos hermanas se dirigieron al palacio del rey.

Cenicienta quedó sola en la casa, llena de tristeza por su desamparo y por la total falta de cariño.

En un rincón de la cocina se puso a llorar desconsoladamente.

De pronto oyó una voz maravillosa, de extraño timbre musical, que decía:

—¿Por qué lloras, hija mía?

Llena de asombro, Cenicienta levantó su cabeza, y vió, hermosa y resplandeciente, a su hada madrina, que la miraba con sus ojos dulces.

—No llores, hija mía, yo velaré por ti. ¿Quieres ir a la fiesta del príncipe?

—¡Oh, sí! ¡Me gustaría tanto! —dijo ella— pero es imposible, ¡imposible!

—¿Por qué imposible, hija mía? —respondió el hada. Para mí no hay nada imposible. Vete al huerto y tráeme una calabaza...

Obedeció Cenicienta y volvió al cabo de un rato con una hermosa calabaza del huerto. El hada la dejó completamente hueca y cuando sólo quedaba la corteza la tocó con su varita mágica y la calabaza se convirtió en una magnífica carroza dorada.

Mandó el hada a Cenicienta que fuera a la ratonera a buscar ratones. En ella encontró Cenicienta seis ratones y una rata y se apresuró a llevárselos.

—Los ratoncitos serán los caballos de tu carroza y la rata el cochero —dijo el hada.

Los tocó con su varita mágica y se convirtieron en hermosos caballos blancos, mientras la rata se transformaba en un cochero de vistoso uniforme galoneado.

—Ahora vete al jardín y tráeme dos lagartos grandes que hallarás junto al rosal blanco —ordenó el hada.

Obedeció Cenicienta y cuando el hada los hubo tocado con su varita prodigiosa se convirtieron en dos lacayos de verde librea.

—Ya ves —dijo el hada—. Y tienes todo lo necesario para ir a la fiesta.

—Sí, pero... yo no podré ir con esta ropa que llevo.

—¡Claro que no! —respondió el hada— pero inmediatamente quedará todo arreglado.

Tocó los humildes vestidos de Cenicienta con su varita y al momento quedaron transformados en deslumbrantes telas de seda. Todo el traje estaba bordado de brillantes, sus zapatitos eran del más puro cristal y sus brazos ostentaban las joyas más hermosas del universo.

—Ve ahora a la fiesta —le dijo el hada—. Y diviértete cuanto quieras, pero te advierto que el encanto cesará justo cuando el reloj dé la última campanada de medianoche. A esa hora tus vestidos quedarán convertidos en andrajos.

---

Cuando Cenicienta llegó a palacio causó una profunda sensación en todos los invitados. Nunca habían visto a una mujer de belleza tan deslumbradora y ataviada en esa forma magnífica.

El príncipe que bailaba en esos momentos con Gertrudis la dejó para atender a la maravillosa Cenicienta y le rogó que bailara con él.

Todo el mundo hablaba de ella creyendo que se trataba de la princesa de algún país lejano. Cenicienta se sentía feliz en medio de la música, de la alegría y de la danza.

Sin embargo, se sentía algo inquieta, pues debía estar pendiente del reloj, y minutos antes de las doce, logró alejarse del palacio.

El príncipe la buscó por todas partes, pero en vano; ella había desaparecido como un sueño.

En la noche siguiente sucedió lo mismo. Adelfa y Gertrudis salieron para el baile. Ella se quedó sola e invocó a su hada madrina.

Llegó el hada y Cenicienta sufrió la misma transformación que la noche anterior.

El príncipe no bailó con nadie hasta que apareció ella. Bailó todas las piezas con Cenicienta y le pidió que se casara con él. Ella, entusiasmada, aceptó. Pasaba el tiempo sin que ella se diera cuenta y al sonar la primera campanada de los doce se desasíó de los brazos del príncipe y echó a correr escaleras abajo. En su fuga perdió uno de los zapatitos de cristal. El príncipe lo recogió y prometióse averiguar al día siguiente quién era la dueña del precioso zapato.

---

La comitiva del príncipe fué de casa en casa para que todas las mujeres de la ciudad se probasen el zapatito, pero en vano. ¡No había mujer capaz de calzarlo, tan pequeñito era el pie de Cenicienta!

Llegaron por fin a casa de la Cenicienta. Las hermanastras recibieron alborozadas a los enviados del príncipe. Hicieron violentos esfuerzos para calzarse el zapatito, trataron de doblar los dedos para ver si así cabía, pero inútilmente.

Con gran dolor tuvieron que renunciar a calzarlo.

Los enviados del príncipe estaban perplejos. Habían recorrido toda la ciudad y no habían encontrado a la dueña del zapatito.

—¿No hay ninguna otra niña aquí? —preguntó uno de ellos.

—No... Es decir... hay una muchacha..., pero es imposible que sea la dueña del zapato... es casi una criada... la llamamos la Cenicienta.

—No importa; —dijo el emisario del príncipe— tengo orden de probar el zapato a todas las niñas del país.

Trajeron a Cenicienta y vieron, con infinito asombro, que sin la menor dificultad calzaba el zapatito de cristal.

—Esta niña es la dueña del zapato. Os ruego me sigais al Palacio para desposaros con él.

—¿Y así va a ir, vestida de andrajos? —dijo su madrastra.

En eso apareció el hada y con su varita transformó los andrajos en maravillosos vestidos.

Fué conducida al Palacio donde la recibieron con grandes agasajos.

Días más tardes se celebraron las bodas, con gran alegría de todo el reino.

Cenicienta, que no conocía el odio ni el rencor, dotó espléndidamente a sus hermanastras y las hizo casar con dos caballeros de la corte.

Cenicienta y el príncipe, por su generosidad y su bondad, fueron adorados por todo el pueblo.

*Carlos Perrault.*

## MEÑIQUE

(Cuento de magia, donde se relata la historia del sabidoso Meñique y se ve que el saber vale más que la fuerza)

### I

En un país muy extraño vivió hace mucho tiempo un campesino que tenía tres hijos: Pedro, Pablo y Juanito. Pedro era gordo y grande, de cara colorada, y de pocas entendederas; Pablo era canijo y paliducho, llenó

de envidias y de celos; Juancito era lindo como una mujer, y más ligero que un resorte, pero tan chiquitín que se podía esconder en una bota de su padre. Nadie le decía Juan, sino Meñique.

El campesino era tan pobre que había fiesta en la casa cuando traía alguno un centavo. El pan costaba mucho, aunque era pan negro; y no tenían cómo ganarse la vida. En cuando los tres hijos fueron bastante crecidos, el padre les rogó por su bien que salieran de su choza infeliz, a buscar fortuna por el mundo. Les dolió el corazón de dejar solo a su padre viejo, y decir adiós para siempre a los árboles que habían sembrado, a la casita en que habían nacido, al arroyo donde bebían el agua en la palma de la mano. Como a una legua de allí tenía el rey del país un palacio magnífico, todo de madera, con veinte balcones de roble tallado, y seis ventanitas. Y sucedió que de repente, en una noche de mucho calor, salió de la tierra, delante de las seis ventanas, un roble enorme con ramas tan gruesas y tanto follaje que dejó a oscuras el palacio del rey. Era un árbol encantado, y no había hacha que pudiera echarlo a tierra, porque se le mellaba el filo en lo duro del tronco, y por cada rama que le cortaban salían dos. El rey ofreció dar tres bolsos llenos de pesos a quien le quitara de encima al palacio aquel arbolón, pero allí se estaba el roble, echando ramas y raíces, y el rey tuvo que conformarse con encender luces de día.

Y eso no era todo. Por aquel país, hasta de las piedras del camino salían los manantiales, pero en el palacio no había agua. La gente del palacio se lavaba las manos con cerveza y se afeitaba con miel.

El rey había prometido hacer marqués y dar muchas tierras y dinero al que abriese en el patio del castillo un pozo donde se pudiera guardar agua para todo el año. Pero nadie se llevó el premio, porque el palacio estaba en una

roca, y en cuanto se escarbaba la tierra de arriba, salía debajo la capa de granito. Como una pulgada nada más había de tierra floja.

Los reyes son caprichosos, y este reyecito quería salirse con su gusto. Mandó pregoneros que fueran clavando por todos los pueblos y caminos de su reino el cartel sellado con las armas reales, donde ofrecía casar a su hija con el que cortara el árbol y abriese el pozo, y darle además la mitad de sus tierras. Las tierras eran de lo mejor para sembrar, y la princesa tenía fama de inteligente y hermosa; así es que empezó a venir de todas partes un ejército de hombres forzudos, con el hacha al hombro y el pico al brazo. Pero todas las hachas se mellaban contra el roble, y todos los picos se rompían contra la roca.

## II

Los tres hijos del campesino oyeron el pregón, y tomaron el camino del palacio, sin creer que iban a casarse con la princesa, sino que encontrarían entre tanta gente algún trabajo. Los tres iban anda que anda, Pedro siempre contento, Pablo hablándose solo, y Meñique saltando de acá para allá, metiéndose por todas las veredas y escondrijos, viéndolo todo con sus ojos brillantes de ardilla. A cada paso tenía algo nuevo que preguntar a sus hermanos: que por qué las abejas metían la cabecita en las flores, que por qué las golondrinas volaban tan cerca del agua, que por qué no volaban derecho las mariposas. Pedro se echaba a reír, y Pablo se encogía de hombros y lo mandaba callar.

Caminando, caminando, llegaron a un pinar muy espeso que cubría a todo un monte, y oyeron un ruido

grande, como de un hacha, y de árboles que caían allá en lo más alto.

—Yo quisiera saber por qué andan allá arriba cortando leña —dijo Meñique.

—Todo lo quiere saber el que no sabe nada —dijo Pablo, medio gruñendo.

—Parece que este muñeco no ha oído nunca cortar leña —dijo Pedro, torciéndole el cachete a Meñique de un buen pellizco.

—Yo voy a ver lo que hacen allá arriba —dijo Meñique.

—Anda, ridículo, que ya bajarás bien cansado, por no creer lo que te dicen tus hermanos mayores.

Y de ramas en piedras, gateando y saltando, subió Meñique por donde venía el sonido. Y ¿qué encontró Meñique en lo alto del monte? Pues un hacha encantada, que cortaba sola, y estaba echando abajo un pino muy recio.

—Buenos días, señora hacha —dijo Meñique—: ¿no está cansada de cortar tan solita ese árbol tan viejo?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el hacha.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin ponerse a temblar, ni preguntar más, metió el hacha en su gran saco de cuero, y bajó el monte, brincando y cantando.

—¿Qué vió allá arriba el que todo lo quiere saber? —preguntó Pablo, sacando el labio de abajo, y mirando a Meñique como una torre a un alfiler.

—Pues el hacha que oíamos —le contestó Meñique.

—Ya ve el chiquitín la tontería de meterse por nada en esos sudores —le dijo Pedro el gordo.

A poco andar ya era de piedra todo el camino, y se

oyó un ruido que venía de lejos, como de un hierro que golpease en una roca.

—Yo quisiera saber quién anda allá lejos picando piedras —dijo Meñique.

—Aquí está un pichón que acaba de salir del huevo, y no ha oído nunca al pájaro carpintero picoteando en un tronco —dijo Pablo.

—Quédate con nosotros, hijo, que eso no es más que el pájaro carpintero que picotea en el tronco —dijo Pedro.

—Yo voy a ver lo que pasa allá lejos.

Y aquí de rodillas, y allá medio a rastras, subió la roca Meñique, oyendo cómo se reían a carcajadas Pedro y Pablo. ¿Y qué encontró Meñique allá en la roca? Pues un pico encantado, que picaba solo, y estaba abriendo la roca como si fuese mantequilla.

—Buenos días, señor pico —dijo Meñique—: ¿no está cansado de picar tan solito en esa roca vieja?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el pico.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin pizca de miedo le echó mano al pico, lo sacó del mango, lo metió aparte en su gran saco de cuero, y bajó por aquellas piedras, retozando y cantando.

—¿Y qué milagro vió por allá su señoría? —preguntó Pablo, con los bigotes de punta.

—Era un pico lo que oímos —respondió Meñique, y siguió andando, sin decir más palabra.

Más adelante encontraron un arroyo, y se detuvieron a beber, porque era mucho el calor.

—Yo quisiera saber —dijo Meñique— de dónde sale tanta agua en un valle tan llano como éste.

—¡Grandísimo pretencioso —dijo Pablo—, que en todo quiere meter la nariz! ¿No sabes que los manantiales salen de la tierra?

—Yo voy a ver de dónde sale esta agua.

Y los hermanos se quedaron diciendo picardías; pero Meñique echó a andar por la orilla del arroyo, que se iba estrechando, estrechando, hasta que no era más que un hilo. Y ¿qué encontró Meñique cuando llegó al fin? Pues una cáscara de nuez encantada, de donde salía a borbotones el agua clara chispeando al sol.

—Buenos días, señor arroyo —dijo Meñique:— ¿no está cansado de vivir tan solito en su rincón, manando agua ?

—Hace muchos años, hijo mío, que estoy esperando por ti —respondió el arroyo.

—Pues aquí me tiene —dijo Meñique.

Y sin el menor susto tomó la cáscara de la nuez, la envolvió bien en musgo fresco para que no se saliera el agua, la puso en su gran saco de cuero, y se volvió por donde vino, saltando y cantando.

—¿Ya sabes de dónde viene el agua? —le gritó Pedro.

—Sí, hermano; viene de un agujerito.

—¡Oh, a este amigo se lo come el talento! ¡Por eso no cree! —dijo Pablo, el paliducho.

—Yo he visto lo que quería ver, y sé lo que quería saber —se dijo Meñique a sí mismo. Y siguió su camino, frotándose las manos.

### III

Por fin llegaron al palacio del rey. El roble crecía más que nunca, el pozo no lo habían podido abrir, y en la puerta estaba el cartel sellado con las armas reales, donde prometía el rey casar a su hija y dar la mitad de su reino a quien quiera que cortase el roble y abriese el pozo, fuera señor de la corte, o vasallo acomodado, o pobre campesino. Pero el rey, cansado de tanta prueba in-

útil, había hecho clavar debajo del cartelón otro cartel más pequeño, que decía con letras coloradas:

“Sepan los hombres por este cartel, que el rey y señor, como buen rey que es, se ha dignado mandar que le corten las orejas debajo del mismo roble al que venga a cortar el árbol o abrir el pozo, y no corte, ni abra; para enseñarle a conocerse a sí mismo y a ser modesto, que es la primera lección de la sabiduría”.

Y alrededor de este cartel había clavadas treinta orejas sanguinolentas, cortadas por la raíz de la piel a quince hombres que se creyeron más fuertes de lo que eran.

Al leer este aviso, Pedro se echó a reír, se retorció los bigotes, se miró los brazos, con aquellos músculos que parecían cuerdas, le dió al hacha dos vuelos por encima de su cabeza y de un golpe echó abajo una de las ramas más gruesas del árbol maldito. Pero en seguida salieron dos ramas poderosas en el punto mismo del hachazo, y los soldados del rey le cortaron las orejas sin más ceremonia.

—¡Inutilón! —dijo Pablo—; y se fué al tronco, hacha en mano, y le cortó de golpe una gran raíz. Pero salieron dos raíces enormes en vez de una. Y el rey furioso mandó que le cortaran las orejas a aquel que no quiso aprender en la cabeza de su hermano.

Pero a Meñique no se le achicó el corazón, y se le echó al roble encima. —¡Quítenme a ese enano de ahí! —dijo el rey— ¡y si no se quiere quitar, córtenle las orejas!

—Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, señor rey. Yo tengo derecho por tu cartel a probar mi fortuna. Ya tendrás tiempo de cortarme las orejas, si no corto el árbol.

—Y la nariz te la rebanarán también, si no lo cortas. Meñique sacó con mucha flema el hacha encantada de

su gran saco de cuero. El hacha era más grande que Meñique. Y Meñique le dijo: “¡Corta, hacha, corta!”

Y el hacha cortó, tajó, astilló; derribó las ramas, cercenó el tronco, arrancó las raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y tanta leña apiló del árbol en trizas, que el palacio se calentó con el roble todo aquel invierno. Cuando ya no quedaba del árbol una sola hoja, Meñique fué donde estaba el rey sentado junto a la princesa, y los saludó con mucha cortesía.

—Dígame el rey ahora dónde quiere que le abra el pozo su criado.

Y toda la corte fué al patio del palacio con el rey, a ver abrir el pozo. El rey subió a un estrado más alto que los asientos de los demás; la princesa tenía su silla en un escalón más bajo, y miraba con susto a aquel hominico que le iban a dar para marido.

Meñique, sereno como una rosa, abrió su gran saco de cuero, metió el mango en el pico, lo puso en el lugar que marcó el rey, y le dijo: “¡Cava, pico, cava!”

Y el pico empezó a cavar, y el granito a saltar en pedazos, y en menos de un cuarto de hora quedó abierto un pozo de cien pies.

—¿Le parece a mi rey que este pozo es bastante hondo?

—Es hondo; pero no tiene agua.

—Agua tendrá —dijo Meñique. Metió el brazo en el gran saco de cuero, le quitó el musgo a la cáscara de nuez, y puso la cáscara en una fuente que habían llenado de flores. Y cuando ya estaba bien dentro de la tierra, dijo: “¡Brotó, agua, brotó!”

Y el agua empezó a brotar por entre las flores con un suave murmullo, refrescó el aire del patio, y cayó en cascadas tan abundante que al cuarto de hora ya el pozo

estaba lleno, y fué preciso abrir un canal que llevase afuera el agua sobrante.

—Y ahora —dijo Meñique, poniendo en tierra una rodilla— ¿cree mi rey que he hecho todo lo que me pedía?

—Sí, marqués Meñique —respondió el rey—; y te daré la mitad de mi reino; o mejor te compraré en lo que vale tu mitad, con la contribución que les voy a imponer a mis vasallos, que se alegrarán mucho de pagar porque su rey y señor tenga agua buena; pero con mi hija no te puedo casar, porque ésa es cosa en que yo solo no soy dueño.

—¿Y qué más quieres que haga, rey? —dijo Meñique, parándose en las puntas de los pies, con la manecita en la cadera, y mirando a la princesa cara a cara.

—Mañana se te dirá, marqués Meñique —le dijo el rey—; vete ahora a dormir a la mejor cama de mi palacio.

Pero Meñique, en cuanto se fué el rey, salió a buscar a sus hermanos, que parecían dos perros ratoneros, con las orejas cortadas.

—Díganme, hermanos, si no hice bien en querer saberlo todo, y ver de dónde venía el agua.

—Fortuna no más, fortuna —dijo Pablo—. La fortuna es ciega, y favorece a los necios.

—Hermanito —dijo Pedro— con orejas o desorejado creo que está muy bien lo que has hecho, y quisiera que llegara aquí papá para que te viese.

Y Meñique se llevó a dormir a camas buenas a sus dos hermanos, a Pedro y a Pablo.

#### IV

El rey no pudo dormir aquella noche. No era el agradecimiento lo que le tenía despierto, sino el disgusto de casar a su hija con aquel picolín que cabía en una bota

de su padre. Como buen rey que era, ya no quería cumplir lo que prometió; y le estaban zumbando en los oídos las palabras del marqués Meñique: "Señor rey, tu palabra es sagrada. La palabra de un hombre es ley, rey".

Mandó el rey a buscar a Pedro y a Pablo, porque ellos no más le podían decir quiénes eran los padres de Meñique, y si era Meñique persona de buen carácter y de modales finos, como quieren los suegros que sean sus yernos, porque la vida sin cortesía es más amarga que la cuasia y que la retama. Pedro dijo de Meñique muchas cosas buenas que pusieron al rey de mal humor: pero Pablo dejó al rey muy contento, porque le dijo que el marqués era un pedante aventurero, un trasto con bigotes, una uña venenosa, un garbanzo lleno de ambición, indigno de casarse con señora tan principal como la hija del gran rey que le había hecho la honra de cortarle las orejas: "Es tan vano ese macacuelo —dijo Pablo— que se cree capaz de pelear con un gigante. Por aquí cerca hay uno que tiene muerta de miedo a la gente del campo, porque se les lleva para sus festines todas sus ovejas y sus vacas. Y Meñique no se cansa de decir que él puede echarse al gigante de criado".

—Eso es lo que vamos a ver —dijo el rey satisfecho.

Y durmió muy tranquilo lo que faltaba de la noche. Y dicen que sonreía en sueños, como si estuviera pensando en algo agradable.

En cuanto salió el sol, el rey hizo llamar a Meñique delante de toda su corte. Y vino Meñique fresco como la mañana, risueño como el cielo, galán como una flor.

—Yerno querido —dijo el rey:— un hombre de tu honradez no puede casarse con una mujer tan rica como la princesa, sin ponerle casa grande, con criados que la sirvan como se debe servir en el palacio real. En este bosque hay un gigante de veinte pies de alto, que se almuerza un buey entero, y cuando tiene sed al mediodía se bebe un

melonar. Figúrate qué hermoso criado no hará ese gigante con un sombrero de tres picos, una casaca galoneada con charreteras de oro, y una alabarda de quince pies. Ese es el regalo que te pide mi hija antes de decidirse a casarse contigo.

—No es cosa fácil —respondió Meñique —pero trataré de regalarle el gigante, para que le sirva de criado, con su alabarda de quince pies, y su sombrero de tres picos, y su casaca galoneada, con charreteras de oro.

Se fué a la cocina; metió en el gran saco de cuero el hacha encantada, un pan fresco, un pedazo de queso y un cuchillo: se echó el saco a la espalda, y salió andando por el bosque, mientras Pedro lloraba, y Pablo reía, pensando en que no volvería nunca su hermano del bosque del gigante.

En el bosque era tan alta la hierba que Meñique no alcanzaba a ver, y se puso a gritar a voz en cuello: “¡Eh, gigante, gigante! ¿dónde anda el gigante? Aquí está Meñique, que viene a llevarse al gigante muerto o vivo”.

—Y aquí estoy yo —dijo el gigante, con un vozarrón que hizo encogerse a los árboles de miedo— aquí estoy yo, que vengo a tragarte de un bocado.

—No estés tan de prisa, amigo —dijo Meñique, con una vocesita de flautín— no estés tan de prisa, que yo tengo una hora para hablar contigo.

Y el gigante volvía a todos lados la cabeza, sin saber quién le hablaba, hasta que le ocurrió bajar los ojos, y allá abajo, pequeñito como un pitirre, vió a Meñique sentado en un tronco, con el gran saco de cuero entre las rodillas.

—¿Eres tú, grandísimo pícaro el que me ha quitado el sueño? —dijo el gigante, comiéndoselo con los ojos que parecían llamas.

—Yo soy, amigo, yo soy, que vengo a que seas criado mío.

—Con la punta del dedo te voy a echar allá arriba, en el nido del cuervo, para que te saque los ojos en castigo de haber entrado sin licencia en mi bosque.

—No estés tan de prisa, amigo, que este bosque es tan mío como tuyo; y si dices una palabra más, te lo echo abajo en un cuarto de hora.

—Eso quisiera ver —dijo el gigantón.

Meñique sacó su hacha, y le dijo: “¡Corta, hacha, corta!” Y el hacha cortó, tajó, astilló, derribó ramas, cercenó troncos, arrancó raíces, limpió la tierra en redondo, a derecha y a izquierda, y los árboles caían sobre el gigante como cae el granizo sobre los vidrios en el temporal.

—Para, para —dijo asustado el gigante— ¿quién eres tú, que puedes echarme abajo mi bosque?

—Soy el gran hechicero Meñique, y con una palabra que le diga a mi hacha te corta la cabeza. Tú no sabes con quién estás hablando. ¡Quieto donde estás!

Y el gigante se quedó quieto, con las manos a los lados, mientras Meñique abría su gran saco de cuero, y se puso a comer su queso y su pan.

—¿Qué es eso blanco que comes? —preguntó el gigante, que nunca había visto queso.

—Piedras como no más, y por eso soy más fuerte que tú, que comes la carne que engorda. Soy más fuerte que tú. Enséñame tu casa.

Y el gigante, manso como un perro, echó a andar por delante, hasta que llegó a una casa enorme, con una puerta donde cabía un barco de tres palos, y un balcón como un teatro vacío.

—Oye —le dijo Meñique al gigante:— uno de los dos tiene que ser amo del otro. Vamos a hacer un trato. Si yo

no puedo hacer lo que tú hagas, yo seré criado tuyo; si tú no puedes hacer lo que haga yo, tú serás mi criado.

—Trato hecho —dijo el gigante:— me gustaría tener de criado un hombre como tú, porque me cansa pensar, y tú tienes cabeza para dos. Vaya pues; ahí están mis dos cubos: ve a traerme el agua para la comida.

Meñique levantó la cabeza y vió los dos cubos, que eran como dos tanques, de diez pies de alto, y seis pies de un borde a otro. Más fácil le era a Meñique ahogarse en aquellos cubos que cargarlos.

—¡Hola! —dijo el gigante, abriendo la boca terrible—; a la primera ya estás vencido. Haz lo que yo hago, amigo, y cárgame el agua.

—¿Y para qué la he de cargar? —dijo Meñique. Carga tú, que eres bestia de carga. Yo iré donde está el arroyo y lo traeré en brazos, y te llenaré los cubos, y tendrás tu agua.

—No, no —dijo el gigante— que ya me dejaste el bosque sin árboles, y ahora me vas a dejar sin agua que beber. Enciende el fuego, que yo traeré el agua.

Meñique encendió el fuego, y en el caldero que colgaba del techo fué echando el gigante un buey entero, cortado en pedazos, y una carga de zanahorias, y cincuenta coles. Y de tiempo en tiempo espumaba el guiso con una sartén, y lo probaba, y le echaba sal y tomillo, hasta que lo encontró bueno.

—A la mesa, que ya está la comida —dijo el gigante:— y a ver si haces lo que hago yo, que me voy a comer todo este buey, y te voy a comer a ti de postres.

—Está bien, amigo —dijo Meñique—. Pero antes de sentarse se metió debajo de la chaqueta la boca de su gran saco de cuero, que le llegaba del pescuezo a los pies.

Y el gigante comía y comía, y Meñique no se quedaba atrás, sólo que no echaba en la boca las coles, y las zana-

horias, y los nabos, y los pedazos del buey, sino en el gran saco de cuero.

—¡Uf! ¡ya no puedo comer más! —dijo el gigante—; tengo que sacarme el botón del chaleco.

—Pues, mírame a mí, gigante infeliz —dijo Meñique —y se echó una col entera en el saco.

—¡Uha! —dijo el gigante:— tengo que sacarme otro botón. ¡Qué estómago de avestruz tiene este hombrecito! Bien se ve que estás hecho a comer piedras.

—Anda, perezoso —dijo Meñique:— come como yo— y se echó en el saco un gran trozo de buey.

—¡Paff! —dijo el gigante:— se me saltó el tercer botón; ya no me cabe un chicharo, ¿cómo te va a ti, hechicero ?

—¡A mí? —dijo Meñique— no hay cosa más fácil que hacer un poco de lugar.

Y se abrió con un cuchillo de arriba abajo la chaqueta y el gran saco de cuero.

—Ahora te toca a ti —dijo Meñique—; haz lo que yo hago.

—Muchas gracias —dijo el gigante—. Prefiero ser tu criado. Yo no puedo digerir las piedras.

Besó el gigante la mano de Meñique en señal de respeto, se lo sentó en el hombro derecho, se echó al izquierdo un saco lleno de monedas de oro, y salió andando por el camino del palacio.

## V

En el palacio estaban de gran fiesta, sin acordarse de Meñique, ni de que le debían el agua y la luz; cuando de repente oyeron un gran ruido, que hizo bailar las paredes, como si una mano portentosa sacudiese el mundo. Era el gigante, que no cabía por el portón, y lo había echa-

do abajo de un puntapié. Todos salieron a las ventanas a averiguar la causa de aquel ruido, y vieron a Meñique sentado con mucha tranquilidad en el hombro del gigante, que tocaba con la cabeza el balcón donde estaba el mismo rey. Saltó al balcón Meñique, hincó una rodilla delante de la princesa y le habló así: —“Princesa y dueña mía, tú deseabas un criado y aquí están dos a tus pies”.

Este galante discurso, que fué publicado al otro día en el diario de la corte, dejó pasmado al rey, que no halló excusa que dar para que no se casara Meñique con su hija.

—Hija —le dijo en voz baja— sacrificate por la palabra de tu padre el rey.

—Hija de rey o hija de campesino —respondió ella— la mujer debe casarse con quien sea de su gusto. Déjame, padre, defenderme en esto que me interesa. Meñique —siguió diciendo en alta voz la princesa:— eres valiente y afortunado, pero no basta para agradar a las mujeres.

—Ya lo sé, princesa y dueña mía; es necesario hacerles su voluntad, y obedecer sus caprichos.

—Veo que eres hombre de talento —dijo la princesa—. Puesto que sabes adivinar tan bien, voy a ponerte una última prueba, antes de casarme contigo. Vamos a ver quién es más inteligente, si tú o yo. Si pierdes, quedo libre para ser de otro marido.

Meñique la saludó con gran reverencia. La corte entera fué a ver la prueba a la sala del trono, donde encontraron al gigante sentado en el suelo con la alabarda por delante y el sombrero en las rodillas, porque no cabía en la sala de lo alto que era. Meñique le hizo una seña, y él echó a andar acurrucado, tocando el techo con la espalda y con la alabarda a rastras, hasta que llegó a donde estaba Meñique, y se echó a sus pies, orgulloso de que vieran que tenía a hombre de tanto ingenio por amo.

—Empezaremos con una bufonada —dijo la princesa—. Cuentan que las mujeres dicen muchas mentiras. Vamos a ver quién de los dos dice una mentira más grande. El primero que diga: “¡Eso es demasiado!” pierde.

—Por servirte, princesa y dueña mía, mentiré de juego y diré la verdad con toda el alma.

—Estoy segura —dijo la princesa— de que tu padre no tiene tantas tierras como el mío. Cuando dos pastores tocan el cuerno en las tierras de mi padre al anochecer, ninguno de los dos oye el cuerno del otro pastor.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. Mi padre tiene tantas tierras que una ternerita de dos meses que entra por una punta es ya vaca lechera cuando sale por la otra.

—Eso no me asombra —dijo la princesa—. En tu corral no hay un toro tan grande como el de mi corral. Dos hombres sentados en los cuernos no pueden tocarse con un agujón de veinte pies cada uno.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. La cabeza del toro de mi casa es tan grande que un hombre montado en un cuerno no puede ver al que está montado en el otro.

—Eso no me asombra, —dijo la princesa—. En tu casa no dan las vacas tanta leche como en mi casa, porque nosotros llenamos cada mañana veinte toneles, y sacamos de cada ordeño una pila de queso tan alta como la pirámide de Egipto.

—Eso es una bicoca —dijo Meñique—. En la lechería de mi casa hacen unos quesos tan grandes que un día la yegua se cayó en la artesa, y no la encontramos sino después de una semana. El pobre animal tenía el espinazo roto, y yo le puse un pino de la nuca a la cola, que le sirvió de espinazo nuevo. Pero una mañana le salió un ramo al espinazo por encima de la piel, y el ramo creció

tanto que yo me subí en él y toqué el cielo. Y en el cielo vi a una señora vestida de blanco, trenzando un cordón con la espuma del mar. Y yo me así del hilo, se me reventó, y caí dentro de una cueva de ratones. Y en la cueva de ratones estaban tu padre y mi madre, hilando cada uno en su rueca, como dos viejecitos. Y tu padre hilaba tan mal que mi madre le tiró de las orejas hasta que se caían a tu padre los bigotes.

—¡Eso es demasiado! —dijo la princesa—. ¡A mi padre el rey nadie le ha tirado nunca de las orejas!

—¡Amo, amo! —dijo el gigante—. ¡Ha dicho! “Eso es demasiado!” La princesa es nuestra.

## VI

—Todavía no —dijo la princesa, poniéndose colorada—. Tengo que ponerte tres enigmas, a que me los adivines, y si adivinas bien, en seguida nos casamos. Dime primero: ¿qué es lo que siempre está cayendo y nunca se rompe?

—¡Oh! —dijo Meñique—; mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es la cascada!

—Dime ahora —preguntó la princesa, ya con mucho miedo:— ¿quién es el que anda todos los días el mismo camino y nunca se vuelve atrás?

—¡Oh! —dijo Meñique—; mi madre me arrullaba con ese cuento: ¡es el sol!

--El sol es —dijo la princesa, blanca de rabia—. Ya no queda más que un enigma. ¿En qué piensas tú y no pienso yo? ¿qué es lo que yo pienso y tú no piensas? ¿qué es lo que no pensamos ni tú ni yo?

Meñique bajó la cabeza como el que duda, y se le veía en la cara el miedo de perder.

—Amo —dijo el gigante—, si no adivinas el enigma, no te calientes las entendederas. Hazme una seña, y cargo con la princesa.

—Cállate, criado —dijo Meñique—; bien sabes tú que la fuerza no sirve para todo. Déjame pensar.

—Princesa y dueña mía —dijo Meñique, después de unos instantes en que se oía correr la luz—. Apenas me atrevo a descifrar tu enigma, aunque veo en él mi felicidad. Yo pienso en que entiendo lo que me quieres decir, y tú piensas en que yo no lo entiendo. Tú piensas como noble princesa que eres, en que este criado tuyo no es indigno de ser tu marido, y yo no pienso que haya logrado merecerte. Y en lo que ni yo ni tú pensamos es en que el rey tu padre y este gigante infeliz tienen tan pobres...

—Cállate —dijo la princesa— aquí está mi mano de esposa, marqués Meñique.

—¿Qué es eso que piensas de mí, que lo quiero saber? —preguntó el rey.

—Padre y señor —dijo la princesa, echándose en sus brazos— que eres el más sabio de los reyes, y el mejor de los hombres.

—Ya lo sé, ya lo sé —dijo el rey— y ahora, déjeme hacer algo por el bien de mi pueblo. ¡Meñique, te hago duque!

—¡Viva mi amo y señor, el duque Meñique! —gritó el gigante, con una voz que puso azules de miedo a los cortesanos, quebró el estuco del techo, e hizo saltar los vidrios de las seis ventanas.

## VII

En el casamiento de la princesa con Meñique no hubo mucho de particular, porque de los casamientos no se puede decir al principio, sino luego, cuando empiezan las

penas de la vida y se ve si los casados se ayudan y quieren bien, o si son egoístas y cobardes. Pero el que cuenta el cuento tiene que decir que el gigante estaba tan alegre con el matrimonio de su amo que le iba poniendo su sombrero de tres picos a todos los árboles que encontraba y cuando salió el carruaje de los novios, que era de nácar puro, con cuatro caballos mansos como palomas, se echó el carruaje a la cabeza, con caballos y todo, y salió corriendo y dando vivas, hasta que los dejó a la puerta del palacio, como deja una madre a su niño en la cuna. Esto se debe decir, porque no es cosa que se ve todos los días.

Por la noche hubo discursos, y poetas que les dijeron versos de bodas a los novios, y lucecitas de color en el jardín, y fuegos artificiales para los criados del rey, y muchas guirnaldas y ramos de flores. Todos cantaban y hablaban, comían dulces, bebían refrescos olorosos, bailaban con mucha elegancia y honestidad al compás de una música de violines, con los violinistas vestidos de seda azul, y su ramito de violeta en el ojal de la casaca. Pero en un rincón había uno que no hablaba ni cantaba, y era Pablo, el envidioso, el paliducho, el desorejado, que no podía ver a su hermano feliz, y se fué al bosque para no oír ni ver, y en el bosque murió, porque los osos se lo comieron en la noche oscura.

Meñique era tan chiquitín que los cortesanos no supieron al principio si debían tratarlo con respeto o verlo como cosa de risa; pero con su bondad y cortesía se ganó el cariño de su mujer y de la corte entera, y cuando murió el rey, entró a mandar, y estuvo de rey cincuenta y dos años. Y dicen que mandó tan bien que sus vasallos nunca quisieron más rey que Meñique, que no tenía gusto sino cuando veía a su pueblo contento, y no les quitaba a los pobres el dinero de su trabajo para dárselo, como otros reyes, a sus amigos holgazanes, o a los ma-

tachines que los defienden de los reyes vecinos. Cuentan de veras que no hubo rey tan bueno como Meñique.

Pero no hay que decir que Meñique era bueno. Bueno tenía que ser un hombre de ingenio tan grande; porque el que es estúpido no es bueno, y el que es bueno no es estúpido. Tener talento es tener buen corazón; el que tiene buen corazón, ése es el que tiene talento. Todos los pícaros son tontos. Los buenos son los que ganan a la larga. Y el que saque de este cuento otra lección mejor, vaya a contarlo en Roma.

*José Martí.*

("Meñique" de José Martí es la adaptación de un cuento del escritor francés Laboulaye.

**José Martí**.—Escritor cubano del siglo XIX (1853-1895) y apóstol de la libertad de su patria. Sus obras más notables son: "Versos cubanos", "Versos libres", "Versos sencillos", "Ismaelillo", "Madre América", "La Patria", "Flor y lava".

## LOS DOS RUISEÑORES

En China vive la gente en millones, como si fuera una familia que no acabase de crecer, y no se gobiernan por sí, como hacen los pueblos de hombres, sino que tienen de gobernante a un emperador, y creen que es hijo del cielo, porque nunca lo ven sino como si fuera el sol, con mucha luz por junto a él, y de oro el palanquín en que lo llevan, y los vestidos de oro. Pero los chinos están contentos con su emperador, que es un chino como ellos. ¡Lo triste es que el emperador venga de afuera, dicen los chinos, y nos coma nuestra comida, y nos mande matar porque queremos pensar y comer, y nos trate como a sus perros y como a sus lacayos! Y muy galán que era aquel emperador del cuento, que se metía de noche la barba larga en una bolsa de seda azul, para que no lo conocieran, y se iba por las ca-

sas de los chinos pobres, repartiendo sacos de arroz y pescado seco, y hablando con los viejos y los niños, y leyendo, en aquellos libros que empiezan por la última página, lo que Confucio dijo de los perezosos, que eran peor que el veneno de las culebras, y lo que dijo de los que aprenden de memoria sin preguntar por qué, que no son leones con alas de paloma, como debe el hombre ser, sino lechones flacos, con la cola de tirabuzón y las orejas caídas, que van donde el porquero les dice que vayan, comiendo y gruñendo. Y abrió escuelas de pintura, y de bordados, y de tallar la madera; y mandó poner preso al que gastase mucho en sus vestidos, y daba fiestas donde se entraba sin pagar, a oír las historias de las batallas y los cuentos hermosos de los poetas; y a los viejecitos los saludaba siempre como si fuesen padres suyos; y cuando los tártaros bravos entraron en China y quisieron mandar en la tierra, salió montado a caballo de su palacio de porcelana blanca y azul, y hasta que no echó al último tártaro de su tierra, no se bajó de la silla. Comía a caballo; bebía a caballo su vino de arroz; a caballo dormía. Y mandó por los pueblos unos pregoneros con trompetas muy largas, y detrás unos clérigos vestidos de blanco que iban diciendo así: “¡Cuando no hay libertad en la tierra, todo el mundo debe salir a buscarla a caballo!” Y por todo eso querían mucho los chinos a aquel emperador galán, aunque cuentan que eran muchas las golondrinas que dejaban sin nido, porque le gustaba mucho la sopa de nidos; y que una vez que otra se ponía a conversar con un frasco de vino de arroz; y lo encontraban tendido en la estera, con la barba revuelta en el suelo, y el vestido lleno de manchas. Esos días no salían las mujeres a la calle, y los hombres iban a su quehacer con la cabeza baja, como si les diera vergüenza ver el sol. Pero eso no sucedía muchas veces, sino cuando se ponía triste porque los hombres no se querían bien ni hablaban la verdad; lo de siem-

pre era la alegría, la música, el baile, los versos, y el hablar de valor y de las estrellas; y así pasaba la vida del emperador en su palacio de porcelana, blanco y azul.

Hermosísimo era el palacio, y la porcelana hecha de la pasta molida del mejor polvo kaolín, que da una porcelana que parece luz, y suena como la música, y hace pensar en la aurora, y en cuanto empieza a caer la tarde. En los jardines había naranjos enanos, con más naranjas que hojas; y peceras con peces de amarillo y carmín, con cinto de oro; y unos rosales con rosas rojas y negras, que tenían cada una su campanilla de plata, y daban a la vez música y olor. Y allá al fondo había un bosque muy grande y hermoso, que daba al mar azul, y en un árbol de los del bosque vivía un ruiseñor, que les cantaba a los pobres pescadores canciones tan lindas, que se olvidaban de ir a pescar; y se les veía sonreír del gusto, o llorar de contento, y abrir los brazos, y tirar besos al aire, como si estuviesen locos. “¡Es mejor el vino de la canción que el vino de arroz!” decían los pescadores. Y las mujeres estaban contentas, porque cuando el ruiseñor cantaba, sus maridos y sus hijos no bebían tanto vino de arroz. Y se olvidaban del canto los pescadores cuando no lo oían pero en cuanto lo volvían a oír, decían, abrazándose como hermanos: “¡Qué hermoso es el canto del ruiseñor!”

Venían de afuera muchos viajeros a ver el país; y luego escribían libros de muchas hojas, en que contaban la hermosura del palacio y el jardín, y lo de los naranjos, y lo de los peces, y lo de las rosas roji-negras; pero todos los libros decían que el ruiseñor era lo más maravilloso; y los poetas escribían versos al ruiseñor que vivía en un árbol del bosque, y cantaba a los pobres pescadores los cantos que les alegraba el corazón; hasta que el emperador vió los libros, y del contento que tenía le dió con el dedo tres vueltas a la punta de la barba, porque era mucho lo

que celebraban su palacio y su jardín; pero cuando llegó a donde hablaban del ruseñor: “¿Qué ruseñor es éste — dijo—, que yo nunca he oído hablar de él? ¡Parece que en los libros se aprende algo! ¡Y esta gente de mi palacio de porcelana, que me dice todos los días que yo no tengo nada que aprender! ¡Venga ahora mismo el mandarín mayor!” Y vino, saludando hasta el suelo, el mandarín mayor, con su túnica de seda azul celeste, de florones de oro. “¡Puh! ¡puh!” contestaba el mandarín hinchando la cabeza, a todos los que le hablaban. Pero al emperador no le decía ni “¡puh!” ni “¡pih!” sino que se echaba a sus pies, con la frente en la estera, esperando, temblando, hasta que le decía: “¡Levántate!” el emperador.

—¡Levántate! ¿Qué pájaro es éste de que habla este libro, que dicen que es lo más hermoso de todo mi país?

—Nunca he oído hablar de él, nunca —dijo el mandarín, arrodillándose en el aire, y con los brazos cruzados—; no ha sido presentado en palacio.

—¡Pues en palacio ha de estar esta noche! ¿Que el mundo entero sabe mejor que yo lo que tengo en mi casa?

—Nunca he oído hablar de él, nunca —dijo el mandarín; dió tres vueltas redondas, con los brazos abiertos, se echó a los pies del emperador, con la frente en la estera, y salió de espaldas, con los brazos cruzados, y arrodillándose en el aire.

Y el mandarín empezó a preguntar a todo el palacio por el pájaro. Y el emperador mandaba a cada media hora a buscar al mandarín.

—Si esta noche no está aquí el pájaro, mandarín, sobre las cabezas de los mandarines he de pasear esta noche.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé! —salió diciendo el mandarín mayor, que iba dando vueltas, con los brazos abiertos, escaleras abajo. Y los mandarines todos se echaron a buscar al pájaro, para que no pasease a la noche sobre sus cabe-

zas el emperador. Hasta que fueron a la cocina del palacio, donde estaban guisando pescado en salsa dulce, e inflando bollos de maíz, y pintando letras coloradas en los pasteles de carne y allí les dijo una cocinera, de color de aceituna y de ojos de almendra, que ella conocía el pájaro muy bien, porque de noche iba por el camino del bosque a llevar las sobras de la mesa a su madre que vivía junto al mar, y cuando se cansaba al volver, debajo del árbol del ruiseñor descansaba, y era como si le conversasen las estrellas cuando cantaba el ruiseñor, y como si su madre le estuviera dando un beso.

—¡Oh, virgen china! —le dijo el mandarín—; ¡digna y piadosa virgen!, en la cocina tendrás siempre empleo, y te concederé el privilegio de ver comer al emperador, si me llevas a donde el ruiseñor canta en el árbol, porque lo tengo que traer a palacio esta noche.

Y detrás de la cocinerita se pusieron a correr los mandarines, con las túnicas de seda cogidas por delante, y la cola del pelo bailándoles por la espalda; y se les iban cayendo los sombreros picudos. Bramó una vaca, y dijo un mandarincito joven:— “¡Oh, qué robusta voz! ¡qué pájaro magnífico!”— “Es una vaca que brama”, dijo la cocinerita. Graznó una rana, y dijo el mandarincito:— “¡Oh, qué hermosa canción, que suena con las campanillas!”— “Es una rana que grazna”, dijo la cocinerita. Y entonces rompió a cantar de veras el ruiseñor.

—¡Ese, ése es! —dijo la cocinerita—, y les enseñó un pajarito, que cantaba en una rama.

—¡Ese! —dijo el mandarín mayor—; nunca creí que fuera una persona tan diminuta y sencilla ¡nunca lo creí! O será, mandarines amigos, ¡sí, debe ser! que al verse por primera vez frente a nosotros los mandarines, ha cambiado de color.

—¡Lindo ruiseñor! —decía la cocinerita—; el emperador desea oírte cantar esta noche.

—Y yo quiero cantarle, contestó el ruiseñor, soltando al aire un ramillete de arpegios.

—¡Suena como las campanillas, como las campanillas de plata! —dijo el mandarincito.

—¡Lindo ruiseñor! A palacio tienes que venir, porque en palacio es donde está el emperador.

—A palacio iré, iré —cantó el ruiseñor, con un canto como un suspiro—; ¡pero mi canto suena mejor en los árboles del bosque!

El emperador mandó poner el palacio de lujo; y resplandecían con la luz de los faroles de seda y de papel los suelos y las paredes; las rosas roji-negras estaban en los corredores y los atrios, y resonaban sin cesar, entre el bullicio del gentío, las campanillas en el centro mismo de la sala, donde se le veía más, estaba un peral de oro, para que el ruiseñor cantase en él; y a la cocinerita le dieron permiso para que se quedase en la puerta. La Corte estaba de etiqueta mayor, con siete túnicas y la cabeza acabada de rapar. Y el ruiseñor cantó tan dulcemente que le corrían en hilo las lágrimas al emperador; y los mandarines, de veras, lloraban; y el emperador quiso que le pusieran al ruiseñor al cuello su chinela de oro; pero el ruiseñor metió el pico en la pluma del pecho, y dijo “gracias” en un trino tan rico y vigoroso, que el emperador no lo mandó matar porque no había querido colgarse la chinela. Y en su canto decía el ruiseñor: “No necesito la chinela de oro, ni el botón colorado, ni el birrete negro, porque ya tengo el premio más grande, que es hacer llorar a un emperador”.

Aquella noche, en cuanto llegaron a sus casas, todas las damas tomaron sorbos de agua, y se pusieron a hacer gárgaras y gorgoritos, y ya se creían muy finos ruiseñores. Y la gente de establo y cocina decía que estaba bien,

lo que es mucho decir, porque ésa es gente que lo halla mal todo. Y el ruiseñor tenía su caja real, con permiso para volar dos veces al día, y una en la noche. Doce criados de túnica amarilla lo sujetaban cuando salía a volar por doce hilos de seda. En la ciudad no se hablaba más que del canto, y en cuanto uno decía "rui..." el otro decía "...señor". Y llamaban "ruiseñor" a los niños que nacían, pero ninguno cantó nunca una nota.

Un día recibió el emperador un paquete, que decía "El Ruiseñor" en la tapa, y creyó que era otro libro sobre el pájaro famoso; pero no era libro, sino un pájaro de metal que parecía vivo en su caja de oro, y por plumas tenía zafiros, diamantes y rubíes, y cantaba como el ruiseñor de verdad en cuanto le daban cuerda, moviendo la cola de oro y plata; llevaba al cuello una cinta con este letrero: "¡El ruiseñor del emperador de China es un aprendiz, junto al del emperador del Japón!"

"¡Hermoso pájaro es!" dijo toda la corte, y le pusieron el nombre de "gran pájaro internacional"; porque se usan estos nombres en China, pomposos y largos; pero cuando puso el emperador a cantar juntos al ruiseñor vivo y al artificial, no anduvo el canto bueno, porque el vivo cantaba como le nacía del corazón, sincero y libre, y el artificial cantaba a compás, y no salía del valse.

—"¡A mi gusto! ¡esto es a mi gusto!" decía el maestro de música; y cantó sólo el pájaro de las piedras, tan bien como el vivo. ¡Y luego, tan lleno de joyas que relumbraban, lo mismo que los brazaletes, los joyeles, y los broches! Treinta y tres veces seguidas cantó la misma tonada sin cansarse, y el maestro de música y la Corte entera lo hubieran oído con gusto una vez más, si no hubiese dicho el emperador que el vivo debía cantar algo. ¿El vivo? Lejos estaba, lejos de la Corte y del maestro de música. Los vió entretenidos, y se les escapó por la ventana.

—¡Oh, pájaro desagradecido! —dijo el mandarín mayor, y dió tres vueltas redondas, y se cruzó de brazos.

—Pero mejor mil veces es este pájaro artificial —decía el maestro de música— porque con el pájaro vivo, nunca se sabe cómo va a ser el canto, y con éste, se está seguro de lo que va a ser; con éste todo está en orden, y se le puede explicar al pueblo las reglas de la música.

Y el emperador dió permiso para que el domingo sacase el maestro al pájaro a cantar delante del pueblo, que parecía muy contento, y alzaba el dedo y decía que sí con la cabeza; pero un pobre pescador dijo “que él había oído al ruiseñor del bosque, y que éste no era como aquél, porque le faltaba algo de adentro, que él no sabía lo que era”. El emperador mandó desterrar al ruiseñor vivo, y al otro de la caja se lo pusieron a la cabecera, en un cojín de seda, con muchos presentes de joyas y de argentería, y lo llamaban por título de Corte “cantor de alcoba y pájaro continental, que mueve la cola como el emperador se la manda mover”. Y el maestro de música se sintió tan feliz que escribió un libro de veinticinco tomos sobre el ruiseñor artificial, con muchos esdrújulos y palabras de extraña sabiduría; y la Corte entera dijo que lo había leído y entendido, de miedo de que los tuviesen por gente fofa y de poca educación, y de que el emperador se pasease sobre sus cabezas.

Pasó un año, y emperador, corte y país conocían como cosa de sí mismos cada gorjeo, y vuelta del “pájaro continental”; y como que lo podían entender, lo declaraban magnífico ruiseñor. Cantaban su valse los cortesanos todos. Y los chicuelos de la calle. Y el emperador lo cantaba también, y lo bailaba, cuando estaba solo con su vino de arroz. Era un valse el imperio, que andaba a compás, con mucho orden, al gusto del maestro de música. Hasta que una noche, cuando estaba el pájaro en lo mejor del canto,

y el emperador lo oía, tendido en su cama de randas y colgaduras, saltó un resorte de la máquina del ruiseñor, como huesos que se caen sonaron las ruédas, paró la música. Se echó de la cama el emperador, y mandó llamar a un médico. El médico no supo qué hacer; y vino el relojero. El relojero, mal que bien, puso las ruedas locas en su lugar, pero encargó que usasen del pájaro muy poco, porque estaban gastados los cilindros, y el ruiseñor aquel no podía en verdad cantar más de una vez al año. El maestro de música le echó encima un discurso al relojero, y le dijo traidor, venal, chino espúreo, y espía de los tártaros, porque decía que el pájaro continental no podía cantar más que una vez. En la puerta iba ya el relojero, y todavía le estaba diciendo el maestro de música malas palabras: “¡traidor! ¡venal! ¡chino espúreo! ¡espía de los tártaros!” Porque estos maestros de música de las Cortes no quieren que la gente honrada diga la verdad desagradable a sus amos.

Cinco años después había mucha tristeza en la China, porque estaba al morir el pobre emperador, tanto que tenían nombrado ya al nuevo, aunque el pueblo agràdecido no quería oír hablar de él, y se apretaba a preguntar por el enfermo a las puertas del mandarín, que los miraba de arriba abajo, y decía: “¡Puh!”. “¡Puh!” repetía la pobre gente, y se iba a su casa llorando.

Pálido y frío estaba en su cama de randas y colgaduras el emperador, y los mandarines todos lo daban por muerto, y se pasaban el día dando las tres vueltas con los brazos abiertos, delante del que debía subir al trono. Comían muchas naranjas, y bebían té con limón. En los corredores habían puesto tapices, para que no sonara el paso. No se oía en el palacio sino un ruido de abejas.

Pero el emperador no estaba muerto todavía. Al lado de su cama estaba el pájaro roto. Por una ventana abierta en-

traba la luz de la luna sobre el pájaro roto y el emperador mudo y lívido. Sintió el emperador un peso extraño sobre su pecho, y abrió los ojos para ver. Vió a la Muerte, sentada sobre su pecho. Tenía en las sienes su corona imperial, y en una mano su espada de mando, en la otra mano su hermosa bandera. Y por entre las colgaduras vió asomar muchas cabezas raras, bellas unas y como con luz, otras feas y de color de fuego. Eran las buenas y las malas acciones del emperador, que le estaban mirando a la cara. “¿Te acuerdas?” le decían las buenas acciones. “¿Yo no me acuerdo de nada, de nada!” decía el emperador: “¿música, música! ¿tráiganme la tambora mandarina, la que hace más ruido, para no oír lo que me dicen mis malas acciones!” Pero las acciones seguían diciendo: “¿Te acuerdas? ¿Te acuerdas?” “¿Música, música!” gritaba el emperador: “¿Oh, hermoso pájaro de oro, canta, te ruego que cantes! ¿yo te he dado regalos ricos de oro! ¿yo te he colgado al cuello mi chinela de oro! ¿te ruego que cantes!” Pero el pájaro no cantaba. No había uno que supiera darle cuerda. No daba una sola nota.

Y la Muerte seguía mirando al emperador con sus ojos huecos y fríos, y en el cuarto había una calma espantosa, cuando de pronto entró por la ventana el son de una dulce música. Afuera, en la rama de un árbol, estaba cantando el ruiseñor vivo. Le habían dicho que estaba muy enfermo el emperador, y venía a cantarle de fe y de esperanza. Y según iba cantando eran menos negras las sombras, y corría la sangre más caliente en las venas del emperador, y revivían sus carnes moribundas. La Muerte misma escuchaba, y le dijo: “¿Sigue, ruiseñor, sigue!” Y por un canto, le dió la Muerte la corona de oro; y por otro, la espada de mando; y por otro canto más, le dió la hermosa bandera. Y cuando ya la Muerte no tenía ni la bandera, ni la espada, ni la corona del emperador, cantó el pájaro

de la hermosura del camposanto, donde la rosa blanca crece, y da el laurel sus aromas a la brisa, y dan brillo y salud a la yerba las lágrimas de los dolientes. Y tan hermoso vió la Muerte en el canto a su jardín, que lo quiso ir a ver, y se levantó del pecho del emperador, y desapareció como un vapor por la ventana.

—¡Gracias, gracias, pájaro celeste! —decía el emperador—. Yo te desterré de mi reino, y tú destierras a la muerte de mi corazón. ¿Cómo te puedo yo pagar?

—Tú me pagaste ya, emperador, cuando te hice llorar con mi canto; las lágrimas que arranca a las almas de los hombres son el único premio digno del pájaro cantor. Duerme, emperador, duerme; yo cantaré para ti.

Y con sus trinos y arpegios se fué durmiendo el enfermo en un sueño de salud. Cuando despertó, entraba el sol, como oro vivo, por la ventana. Ni uno solo de sus criados, ni un solo mandarín, había venido a verlo. Lo creían muerto todos. El ruiseñor no más estaba junto a su cama; el ruiseñor, cantando.

—¡Siempre estarás junto a mí! ¡En el palacio vivirás, y cantarás cuando quieras! ¡Yo romperé al pájaro artificial en mil pedazos!

—No lo rompas en mil pedazos, emperador; él te sirvió bien mientras pudo; yo no puedo vivir en el palacio, ni fabricar entre los cortesanos mi nido. Yo vendré al árbol que cae a tu ventana, y te cantaré en la noche, para que tengas sueños felices. Te contaré de los malos y de los buenos, y de los que gozan y de los que sufren. Los pescadores me esperan, emperador, en sus casas pobres de la orilla del mar. El ruiseñor no puede ser infiel a los pescadores. Yo te vendré a cantar en la noche si me prometes una cosa.

—¡Todo te lo prometo! —dijo el emperador, que se

había levantado de su cama, y tenía puesta la túnica imperial, y en la mano su gran espada de oro.

—¡No digas que tienes un pájaro amigo que te lo cuenta todo, porque le envenenarán el aire al pájaro!— Y salió volando el ruiseñor, y echando al aire un ramillete de arpegios.

Los mandarines entraron de repente en el cuarto, detrás del mandarín mayor, a ver al emperador muerto. Y lo vieron de pie, con su túnica imperial; con la mano de la espada puesta al corazón. Y se oía, como una risa, el canto del ruiseñor.

—¡Tsing-pé! ¡Tsing-pé! —dijo el gran mandarín, y dió dieciocho vueltas seguidas con los brazos abiertos, y se echó por tierra, con la frente a los pies del emperador. Y a los mandarines, arrodillados en el aire, les temblaba en la nuca la cola.

*José Martí.*

(“Los dos ruiseñores” es la versión libre de un cuento de Andersen).

## BEBÉ Y EL SEÑOR DON POMPOSO

Bebé es un niño magnífico, de cinco años. Tiene el pelo muy rubio, que le cae en rizados por la espalda, como en la lámina de los Hijos del Rey Eduardo, que el pícaro Glócester hizo matar en la torre de Londres, para hacerse él rey. A Bébé lo visten como al duquesito Fauntleroy, el que no tenía vergüenza de que lo vieran conversando en la calle con los niños pobres. Le ponen pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y me-

días de seda colorada, y zapatos bajos. Como lo quieren a él mucho, él le tuerce los ojos a su criada francesa cuando no le quiere dar más dulces, y se sentó una vez en visita con las piernas cruzadas, y rompió un día un jarrón muy hermoso, corriendo detrás de un gato. Pero en cuanto ve un niño descalzo le quiere dar todo lo que tiene; a su caballo le lleva azúcar todas las mañanas, y lo llama "caballito de mi alma"; con los criados viejos se está horas y horas, oyéndoles los cuentos de su tierra de Africa, de cuando ellos eran príncipes y reyes, y tenían muchas vacas y muchos elefantes; y cada vez que ve Bebé a su mamá, le echa el bracito por la cintura, o se le sienta al lado en la banquetta, a que le cuente cómo crecen las flores, y de dónde viene la luz del sol, y de qué está hecha la aguja con que cose, y si es verdad que la seda de su vestido la hacen unos gusanos, y si los gusanos van fabricando la tierra, como dijo ayer en la sala aquel señor de espejuelos. Y la madre le dice que sí, que hay unos gusanos que se fabrican unas casitas de seda largas y redondas, que se llaman capullos; y que es hora de irse a dormir, como los gusanitos, que se meten en el capullo, hasta que salen hechos mariposas.

Y entonces sí que está lindo Bebé, a la hora de acostarse, con sus medicitas caídas, y su color de rosa, como los niños que se bañan mucho, y su camisola de dormir: lo mismo que los angelitos de las pinturas, un angelito sin alas. Abraza mucho a su madre, la abraza muy fuerte, con la cabecita baja, como si quisiera quedarse en su corazón. Y da brincos y vueltas de carnero, y salta en el colchón con los brazos levantados, para ver si alcanza a la mariposa azul que está pintada en el techo. Y se pone a nadar como en el baño; o a hacer como que cepilla la baranda de la cama, porque va a ser carpintero; o rueda por la cama hecho un carretel, con los rizos rubios re-

vueltos con las medias coloradas. Pero esta noche Bebé está muy serio, y no da volteretas como todas las noches, ni se le cuelga del cuello a su mamá, para que no se vaya, ni le dice a Luisa, a la francesita, que le cuente el cuento del gran comilón, que se murió solo y se comió un melón. Bebé cierra los ojos pero no está dormido. Bebé está pensando.

La verdad es que Bebé tiene mucho en que pensar porque va de viaje a París, como todos los años, para que los médicos buenos le digan a su mamá las medicinas que le van a quitar la tos, esa tos mala que a Bebé no le gusta oír; se le aguan los ojos a Bebé en cuanto oye toser a su mamá; y la abraza muy fuerte, muy fuerte, como si quisiera sujetarla. Esta vez Bebé no va solo a París, porque él no quiere hacer nada solo, como el hombre del melón, sino con un primito suyo que no tiene madre. Su primito Raúl va con él a París, a ver con él el hombre que llama a los pájaros, y la tienda del Louvre, donde les regalan globos a los niños, y el teatro Guiñol donde hablan los muñecos, y el policía se lleva preso al ladrón, y el hombre bueno le dá un coscorrón al hombre malo. Raúl va con Bebé a París. Los dos juntos se van el sábado en el vapor grande, con tres chimeneas. Allí en el cuarto está Raúl con Bebé, el pobre Raúl, que no tiene el pelo rubio, ni ya vestido de duquesito, ni lleva medias de seda colorada.

Bebé y Raúl han hecho hoy muchas visitas; han ido con su mamá a ver a los ciegos, que leen con los *dedos*, en unos libros con las letras muy altas; han ido a la calle de los *periódicos*, a ver cómo los niños pobres, que no tienen casa donde dormir, compran diarios para venderlos después, y pagar su casa; han ido a un *hotel* elegante, con criados de *casaca* azul y pantalón amarillo, a ver a un señor muy flaco y muy estirado, el tío de mamá, el

señor don Pomposo. Bebé está *pensando* en la visita del señor don Pomposo. Bebé está pensando.

Con los ojos cerrados, él piensa: él se acuerda de todo. ¡Qué largo, qué largo el tío de mamá, *como los palos del telégrafo!* ¡Qué leontina tan grande y tan suelta, como la cuerda de saltar! ¡Qué pedrote tan feo como un pedazo de vidrio, el pedrote de la corbata! ¡Y a mamá no la dejaba mover, y le ponía un cojín detrás de la espalda, y le puso una banqueta en los pies, y le hablaba como dicen que les hablan a las reinas! Bebé se acuerda de lo que dice el criado viejito, que la gente le habla así a mamá, porque mamá es muy rica, y que a mamá no le gusta eso, porque mamá es buena.

Y Bebé vuelve a pensar en lo que sucedió en la visita. En cuanto entró en el cuarto el señor don Pomposo le dió la mano, como se la dan los hombres a los papás; le puso el sombrerito en la cama, como si fuera una cosa santa, y le dió muchos besos, unos besos feos, que se le pegaban a la cara, como si fueran manchas. Y a Raúl, al pobre Raúl, ni lo saludó, ni le quitó el sombrero, ni le dió un beso. Raúl estaba metido en un sillón, con el sombrero en la mano, y con los ojos muy grandes. Y entonces se levantó don Pomposo del sofá colorado: “Mira, mira, Bebé, lo que te tengo guardado: esto cuesta mucho dinero, Bebé; esto es para que quieras mucho a tu tío”. Y se sacó del bolsillo un llavero como con treinta llaves, y abrió una gaveta que olía a lo que huele el tocador de Luisa, y le trajo a Bebé un sable dorado —¡oh qué sable! ¡oh qué gran sable!— y le abrochó por la cintura el cinturón tan lujoso!— y le dijo: “Anda, Bebé: mírate al espejo; ¡ese es un sable muy rico: eso no es más que para Bebé, para el niño!” Y Bebé, muy contento, volvió la cabeza a donde estaba Raúl, que lo miraba, miraba al sable, con los ojos más grandes que nunca, y con la cara

muy triste, como si se fuera a morir: —¡oh, qué sable tan feo, tan feo! ¡oh, qué tío tan malo!— En todo eso estaba pensando Bebé. Bebé estaba pensando.

El sable está allí, encima del tocador. Bebé levanta la cabeza poquito a poco, para que Luisa no lo oiga, y ve el puño brillante como si fuera de sol, porque la luz de la lámpara da toda en el puño. Así eran los sables de los generales el día de la procesión, lo mismo que el de él. El también, cuando sea grande, va a ser general, con un vestido de dril blanco, y un sombrero con plumas, y muchos soldados detrás, y él en un caballo morado, como el vestido que tenía el obispo. El no ha visto nunca caballos morados, pero se lo mandarán a hacer. Y a Raúl ¿quién le manda hacer caballos? Nadie, nadie: Raúl no tiene mamá que le compre vestidos de duquesito: Raúl no tiene tíos largos que le compren sables. Bebé levanta la cabecita poco a poco. Raúl está dormido: Luisa se ha ido a su cuarto a ponerse olores. Bebé se escurre de la cama, va al tocador en la punta de los pies, levanta el sable despacio, para que no haga ruido... y ¿qué hace, qué hace Bebé? ¡va riéndose, va riéndose el pícaro! hasta que llega a la almohada de Raúl, y le pone el sable dorado en la almohada.

*José Martí.*

## LA CAMISA DEL HOMBRE FELIZ

Allá en los tiempos de Mari-Castaña, reinaba en la Arabia feliz el rey Bertoldo I, llamado el Grande por ser el más gordo de los monarcas de su dinastía. Era su Real Majestad un grandioso haragán, que pasaba la vida tendido a la larga. Sucedió que esto le ocasionó una enferme-

dad extraña que de nadie era conocida. Hízose entonces un llamamiento general de médicos, y acudieron muchos en tropel a la Corte. Mas Su Majestad empeoraba de día en día, y vióse al fin a las puertas de la muerte.

Hiciéronse entonces rogativas públicas y publicóse al mismo tiempo un bando ofreciendo la lugartenencia del reino a cualquier hombre o mujer que presentase un régimen curativo capaz de volver la salud al regio enfermo. Una tarde apareció en la capital, como llovido del cielo, un hombrecillo montado en un burro sin orejas. Traía en la mano un paraguas de algodón encarnado, con que se resguardaba de los ardientes rayos del sol.

Apeóse a las puertas de palacio, y dijo que era un médico que se ofrecía a curar al rey. Salieron a recibirle los grandes del reino. Precedido por tres heraldos, llegó a la cámara regia; una media luz reinaba en ella; sobre un estrado que cubrían una alfombra y ricos tapices, había un lecho de nácar, con cortinas de púrpura.

Allí reposaba boca arriba el moribundo rey Bertoldo. Sobre el gorro de dormir tenía puesta la corona de oro, porque así lo mandaba la etiqueta de la Corte.

Levantaba su abultado abdomen la rica cachemira que cubría el lecho, y sentado sobre esta eminencia, el gato favorito contemplaba gravemente la agonía del gran Bertoldo I.

Examinó el médico detenidamente el pulso del monarca, clavóle luego en la cabeza una fuerte zanca, sin que el paciente diese muestras de vida.

—Su Majestad tiene la cabeza hueca —dijo.

Clavóla después la zanca en el corazón, y el rey no hizo el menor movimiento.

—Su Majestad tiene el corazón de corcho —añadió el médico.

Pinchóle de nuevo ligeramente en la boca del estóma-

go, y su Real Majestad dió un berrido más agudo que las últimas notas de una escala cromática.

—Su Majestad ha trabajado mucho con el estómago —dijo.

—La sabiduría habla por tu boca —respondió el primer ministro.

Consultó entonces el médico un libro extraño de vivísimos colores. Trazó en él círculos misteriosos, y declaró al fin que Su Majestad moriría sin remedio, si antes de que llegase al plenilunio el cuarto creciente de la luna, no se le había vestido la camisa de un hombre feliz.

Creyeron los palaciegos facilísimo el remedio; sintióse el mismo monarca más aliviado con esta esperanza, y pudo merendar aquella tarde tres gazapitos y un pavo, con algunas otras chucherías.

Mientras tanto el médico se escurrió sin decir palabra.

Convocó el gran visir aquella noche al Consejo del Estado, para determinar si la camisa se había de poner a Su Majestad sucia o limpia, bordada o lisa. La discusión fué animada, y hubieran quizá llegado a las manos, si un consejero viejo, no hubiese interrumpido el debate, preguntando a los consejeros cuál de ellos era el hombre feliz que había de suministrar la camisa, cuyas cualidades se discutían.

Turbáronse todos a tal pregunta, y unos en pos de otros abandonaron el salón. Mandó entonces el gran visir echar un pregón en la plaza; mas ninguno acudió a la cita, y la luna crecía poco a poco, como si quisiese contemplar en todo su esplendor la agonía del monarca.

Publicóse entonces el mismo bando en las ciudades, en las aldeas y hasta en los caseríos; pero todo fué en vano. Desesperado, el visir, salió en persona a buscar por todo el imperio el remedio indicado. El hombre feliz no aparecía.

Ya de vuelta, sentóse al pie de una palmera, rendido por el cansancio. Su camello daba resoplidos, anunciando el simún del desierto; a lo lejos veíanse montes de arena que se movían y se levantaban como torbellinos de fuego. Asustado el visir se refugió en una cueva que vió a lo lejos junto a un otero; allí encontró a un pastor anciano, que le ofreció dátiles y un odre de agua.

—¿Qué buscáis en esta soledad? —preguntó al mag-nate.

—Busco al hombre feliz, que no he hallado en la Corte.

—Alá es grande —repuso con gravedad el viejo—. El leopardo del desierto —añadió, poniendo su mano sobre el pecho— gusta en su cueva lo que no tiene en su palacio el caudillo de los creyentes.

—¡Tú! —exclamó el visir estupefacto—. ¿Tú eres feliz?...

—¡Alá es grande! —repitió el viejo.

—¿Pero cómo eres feliz en esta cueva?...

—Porque ni deseo otra, ni temo perder ésta.

—¿Pero dónde encuentras tu dicha? —preguntó el visir, que no comprendió la profunda respuesta del viejo.

—Dentro de mí mismo.

El visir alborozado, arrojó a los pies del pastor un saco de zequíes, y le pidió su camisa. El anciano abrió sonriendo el saco de pieles que le cubría, y... ¡oh, sorpresa inesperada! ¡oh, desengaño cruel!... El hombre feliz... ¡no tenía camisa!...

*Padre Luis Coloma.*

**Padre Luis Coloma.**—Notable escritor español (1851-1915), autor de "Pequeñeces" y "Cuentos para niños".

## EL REY EN BUSCA DE NOVIA

### I

Pues señor, ésta era una muchachita muy hermosa y muy buena, que se llamaba Rosa. Cuando era aún muy pequeña, se le murió su padre; pero su madre la crió con mucho amor, enseñándola a ser mujercita de bien, y sobre todo, a hilar, tejer y coser, que era el trabajo con que su madre ganaba el pan para las dos.

Al cumplir Rosa los quince años, su madre se puso muy mala, y conociendo que se iba a morir, llamó a su hija, y le dijo:

—Hija mía, yo me voy al cielo y te dejo sola en la tierra. No te quedan muchos bienes, pero los que te quedan te bastarán para vivir dichosa, si haces buen uso de ellos. Los bienes que te dejo son: esta casita para que vivas, una rueca, una lanzadera y unas agujas para que ganes el pan, y como yo lo he ganado; hilando, tejiendo y cosiendo.

Dicho esto, la madre de Rosa bendijo a su hija y voló derechita al cielo, adonde van siempre los que han andado derechitos por la tierra.

### II

El rey estaba ya desahuciado por los médicos y llamando a su hijo primogénito, que era un real mozo, le dijo:

—Yo me voy a morir. Apenas cierre yo el ojo te encasquetarás la corona; pero no te bastará esto para ser feliz. Es necesario que te cases y antes de casarte debes ver si tu mujer no es como muchas otras mujeres.

—¿Pues qué clase de mujer quiere usted que busque?  
—preguntó el príncipe a su padre.

—La más pobre y más rica.

Dos días después murió el rey, y su hijo se sentó en el trono por aquello de “a rey muerto, rey puesto”.

El Rey se puso a cavilar a ver si daba con lo que su padre había querido decirle al aconsejarle que buscarse la mujer más pobre y más rica, pero por más que caviló no dió con ello.

—¿Si será —decía— que debo buscar una mujer que a la par sea pobre de bienes de fortuna y rica de hermosura? En fin, vamos de pueblo en pueblo a ver si la casualidad o la gramática parda de los campesinos disipan las nebulosidades a que mi señor padre era tan aficionado.

### III

El rey andaba de pueblo en pueblo buscando novia, y en todos preguntaba cuál era la muchacha más pobre y más rica del pueblo; pero nadie entendía esta pregunta, puesto que en todas partes se contentaban con indicarle una muchacha pobre y otra rica.

Andando de aquí para allí el Rey llegó a la aldea de Rosa, hizo la pregunta de costumbre y, como de costumbre, le indicaron una muchacha rica y otra pobre.

El Rey determinó ver a las dos, y empezó por la más rica.

Le dió a Su Majestad un vahido, y mandó a la muchacha que le hiciera una taza de te, para ver si se le pasaba; pero la muchacha, como no entendía de cocina, le echó al te sal y ajos, y el Rey a poco más echa las tripas al probarlo.

—Para este viaje —dijo Su Majestad— no se necesitaban alforjas.

Y se marchó muy quemado, caballero en su caballo, a casa de la muchacha pobre, que vivía a lo opuesto de la aldea.

## IV

Cuando Rosa vió al Rey atando el caballo a la reja, salió a abrirle la puerta.

Tan embelesado la miraba el Rey al entrar, que, tropezando con la nariz del picaporte, se hizo un siete en la levita.

—Mira —le dijo a Rosa— dame cuatro puntadas en este siete, que reyes de rompe y rasga no parecemos bien.

Rosa cogió la rueca y en un verbo hiló un hilito tan fino como un cabello, y cogiendo en seguida la aguja, cose que te cose, zurció el siete tan perfectamente, que ya había de ser buen sastre el que lo conociera.

En éstas y las otras, se pasaba el tiempo sin sentir, y aunque el Rey no sentía el tiempo, iba sintiendo ganillas de tomar algo.

—Mira, querida —le dijo a Rosa —quién así hila y cose, debe cocinar a las mil maravillas. ¿No podrías hacerme algo de comer?

—Señor —contestó Rosa— no tengo más que pan y agua y aceite y sal y ajos. ¿Quiere Vuestra Majestad que le haga unas sopas?

—Sí.

Y en menos que se cambia de opinión política, Rosa hizo unas sopas de ajo que le supieron a gloria al Rey.

Y el Rey, montando en seguida en el caballo que había dejado atado a la reja, se alejó, se alejó por aquellos campos.

Y Rosa, viéndolo desde la ventana alejarse, se echó a llorar y se preguntó a sí misma:

—¿Por qué lloro yo, si ahora no es por mi pobre madre?

Pero al día siguiente, volvió el Rey con muchas damas y caballeros y carrozas, y tomando a Rosa del brazo, se fué con ella a la iglesia de la aldea, y allí se casó con Rosa; que ya había encontrado su majestad la novia pobre y rica que le recomendó su padre.

*Antonio de Trueba.*

**Antonio de Trueba.**—Escritor español del siglo XIX (1819-1889), autor de "El libro de los cantares", "Cuentos de color de rosa", "Cuentos del hogar", "El libro de las montañas", etc.

# Parte Segunda

## FABULAS PARA SER EXPLICADAS

### INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

*Como esa especie particular de cuento que se conoce con el nombre de fábula debe entrañar una enseñanza moral (ello es una condición necesaria de este género literario), no han de presentarse como ejemplo edificante fábulas que exalten malos sentimientos, cual acontece, verbigracia, con "La cigarra y la hormiga". Aunque en este relato se tuvo el buen propósito de censurar la imprevisión, vino a resultar una apología del duro corazón de la hormiga.*

*Blasco Ibáñez, aleccionado por las enseñanzas de Fabre, ha censurado esta fábula en los siguientes términos:*

*"Es una historia inmoral, que enseña a los hombres desde su infancia el respeto a la avaricia y a la crueldad, el culto del egoísmo, la burla soez contra los idealistas, que piensan en algo más que la satisfacción de los apetitos materiales. Todo es mentira en este relato inventado hace miles de años. La imprevisora y loca cigarra de la fábula es un ser laborioso y dulce, explotado hasta la muerte. En cuanto a la hormiga, modelo de economía doméstica que los padres ofrecen a los hijos, es una bestia rapaz que desde el mundo de la pequeña animalidad influye fatalmente sobre los hombres". (La cigarra y la hormiga).*

*Deben preferirse las fábulas que personifiquen animales, por ser las que más agradan a los niños pequeños. Pero como no se trata de leerlas, sino de contarlas, es fácil encontrar abundante material entre las de Samaniego, Iriarte, Príncipe, Hartzenbusch, Campoamor, Trueba, etc.*

## EL ASNO Y EL COCHINO

Envidiando la suerte del cochino  
un asno maldecía su destino.

"Yo —decía—, trabajo y como paja;

él come harina y berza y no trabaja;  
 a mí me dan de palos cada día;  
 a él le rascan y halagan a porfía."  
 Así se lamentaba de su suerte;  
 pero luego que advierte  
 que a la pocilga alguna gente avanza  
 en guisa de matanza,  
 armada de cuchillo y de caldera,  
 y que con maña fiera  
 dan al gordo cochino fin sangriento,  
 dijo entre sí el jumento:  
 —*Si en esto para el ocio y los regalos,  
 al trabajo me atengo y a los palos.*

*Félix M. de Samaniego.*

**Félix M. de Samaniego.**—Famoso fabulista español (1745-1801), autor de "Fábulas morales".

## EL ZAGAL Y LAS OVEJAS

Apacentando un Joven su ganado,  
 gritó desde la cima de un collado:  
 "¡Favor! que viene el lobo, labradores".  
 Estos, abandonando sus labores,  
 acuden prontamente,  
 y hallan que es una chanza solamente.  
 Vuelve a clamar, y temen la desgracia;  
 segunda vez los burla. ¡Linda gracia!  
 Pero ¿qué sucedió la vez tercera?  
 que vino en realidad la hambrienta fiera.  
 Entonces el Zagal se desgañita,  
 y por más que pateo, llora y grita,

no se mueve la gente, escarmentada;  
y el lobo le devora la manada,  
*¡Cuántas veces resulta de un engaño,  
contra el engañador el mayor daño!*

*Félix M. de Samaniego.*

## LOS DOS CONEJOS

Por entre unas matas  
seguido de perros,  
(no diré corría)  
volaba un conejo.

De su madriguera  
salió un compañero,  
y le dijo: —¡Tente;  
amigo, ¿qué es esto?

—¿Qué ha de ser? —responde—  
sin aliento llego...

dos pícaros galgos  
me vienen siguiendo.

—Sí —replica el otro—  
por allí los veo;  
pero no son galgos.

—Pues ¿qué son? —Podencos.

—¿Qué? ¿Podencos dices?  
Sí; como mi abuelo.

Galgos y muy galgos;  
bien vistos los tengo.

—Son podencos: vaya  
que no entiendes de eso.

—Son galgos, te digo.

—Digo que podencos.

En esta disputa  
llegando los perros,  
pillan descuidados  
a mis dos conejos.

*Los que por cuestiones  
de poco momento  
dejan lo que importa,  
llévense este ejemplo.*

*Tomás de Iriarte.*

**Tomás de Iriarte.**—Notable poeta español (1750-1791), autor de “Fábulas literarias”, “La música”, “El señorito mimado”, etc.

## EL LADRÓN

Por catar una colmena  
cierto goloso ladrón,  
del venenoso aguijón  
tuvo que sufrir la pena.  
“La miel —dice— está muy buena:  
es un bocado exquisito;  
por el aguijón maldito  
no volveré al colmenar.”

*¡Lo que tiene el encontrar  
la pena tras el delito!*

*Félix M. de Samaniego.*

## EL BURRO FLAUTISTA

Esta fabulilla,  
salga bien o mal,  
me ha ocurrido ahora  
por casualidad.

Cerca de unos prados  
que hay en mi lugar,  
pasaba un borrico  
por casualidad.

Una flauta en ellos  
halló, que un zagal  
se dejó olvidada  
por casualidad.

Acercóse a olerla  
el dicho animal;  
y dió un resoplido  
por casualidad.

En la flauta el aire  
se hubo de colar,  
y sonó la flauta  
por casualidad.

—¡Oh! —dijo el borrico—  
¡Qué bien sé tocar!  
¿Y dirán que es mala  
la música asnal?

*Sin reglas del arte  
borriquitos hay,  
que una vez aciertan  
por casualidad.*

*Tomás de Iriarte.*

## LOS CARACOLES

Dos caracoles un día  
tuvieron fuerte quimera  
sobre quién mayor carrera  
en menos tiempo daría.  
Una rana les decía:  
—Yo he llegado a sospechar  
que sois ambos a la par  
algo duros de mover;  
*Antes de echar a correr  
mirad si podéis andar.*

*Juan Eugenio Hartzenbusch.*

**Juan Eugenio Hartzenbusch.**—Escritor español del siglo XIX, autor de fábulas y de notables obras dramáticas como "Los amantes de Teruel".

# Parte Tercera

## ANECDOTAS PARA SER NARRADAS

### INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

*La narración breve de algún rasgo o suceso particular y curioso, es decir la anécdota, cabe también en este grado; pero se usará parcamente, pues es difícil interesar con ella a niños de corta edad.*

*En el cap. I de la segunda parte de "Facundo", Sarmiento ha referido con tal arte la anécdota de Facundo Quiroga acosado por un tigre, que el relato interesa a grandes y chicos. Hay en la narración de nuestro primer prosista suficientes elementos plásticos, si vale el término, para despertar el interés de un alumno de primer grado inferior: un hombre que huye a pie llevando una montura al hombro; el bramido del tigre, lejano primero y luego ya próximo; el fugitivo que arroja la montura y se dirige apresuradamente a un árbol en busca de salvación; el tigre que viene siguiendo a su presa y que al perder el rastro se enfurece y despedaza la montura; las poderosas zarpas de la fiera que se clavan a dos varas del suelo en el delgado tronco del árbol y le comunican un temblor convulsivo que repercute en los nervios del perseguido; etc. Cada maestro al contar esta anécdota sabrá qué supresiones y qué añadiduras se han de hacer en el relato de Sarmiento para cautivar la atención de los alumnos.*

## FACUNDO QUIROGA ACOSADO POR UN TIGRE

Media entre las ciudades de San Luis y San Juan un dilatado desierto que, por su falta completa de agua, recibe el nombre de *travesía*. El aspecto de aquellas soledades es, por lo general, triste y desamparado, y el viajero que viene

del oriente no pasa la última *represa* o aljibe de campo sin proveer sus *chifles* de suficiente cantidad de agua.

En esta travesía tuvo lugar una vez la extraña escena que sigue. Las cuchilladas, tan frecuentes entre nuestros gauchos, habían forzado a uno de ellos a abandonar precipitadamente la ciudad de San Luis, y ganar la *travesía* a pie, con la montura al hombro, a fin de escapar de las persecuciones de la justicia. Debían alcanzarlo dos compañeros tan luego como pudieran robar caballos para los tres.

No eran por entonces sólo el hambre o la sed los peligros que le aguardaban en el desierto aquel, que un tigre *cebado* andaba hacía un año siguiendo los rastros de los viajeros, y pasaban ya de ocho los que habían sido víctimas de su predilección por la carne humana. Suele ocurrir a veces en aquellos países en que la fiera y el hombre se disputan el dominio de la naturaleza, que éste cae bajo la garra sagrienta de aquélla; entonces el tigre empieza a gustar de preferencia su carne y se llama *cebado* cuando se ha dado a este nuevo género de caza, la caza de hombres. El juez de la campaña inmediata al teatro de sus devastaciones convoca a los varones hábiles para la correría, y bajo su autoridad y dirección se hace la persecución del tigre *cebado*, que rara vez escapa a la sentencia que lo pone fuera de la ley.

Cuando nuestro prófugo había caminado cosa de seis leguas, creyó oír bramar al tigre a lo lejos, y sus fibras se estremecieron. Es el bramido del tigre un gruñido como el del chanco, pero agrio, prolongado, estridente, y que, sin que haya motivo de temor, causa un sacudimiento involuntario en los nervios, como si la carne se agitara ella sola al anuncio de la muerte.

Algunos minutos después el bramido se oyó más distinto y más cercano; el tigre venía ya sobre el rastro, y sólo

a una larga distancia se divisaba un pequeño algarrobo. Era preciso apretar el paso, correr, en fin, porque los bramidos se sucedían con más frecuencia, y el último era más distinto, más vibrante que el que le precedía.

Al fin, arrojando la montura a un lado del camino, dirigióse el gaucho al árbol que había divisado, y no obstante la debilidad de su tronco, felizmente bastante elevado, pudo trepar a su copa y mantenerse en una continua oscilación, medio oculto entre el ramaje. Desde allí pudo observar la escena que tenía lugar en el camino: el tigre marchaba a paso precipitado, oliendo el suelo y bramando con más frecuencia a medida que sentía la proximidad de su presa. Pasa delante del punto en que aquél se había separado del camino y pierde el rastro; el tigre se enfurece, remolinea, hasta que divisa la montura, que desgarrá de un manotón, esparciendo en el aire sus prendas. Más irritado aún con este chasco, vuelve a buscar el rastro, encuentra al fin la dirección en que va, y levantando la vista, divisa a su presa haciendo con el peso balancearse el algarrobillo, cual la frágil caña cuando las aves se posan en sus puntas.

Desde entonces ya no bramó el tigre; acercábase a saltos, y en un abrir y cerrar de ojos sus poderosas manos estaban apoyándose a dos varas del suelo sobre el delgado tronco, al que comunicaban un temblor convulsivo que iba a obrar sobre los nervios del mal seguro gaucho. Intentó la fiera un salto impotente dió vuelta en torno del árbol midiendo su altura con ojos enrojecidos por la sed de sangre, y al fin, bramando de cólera, se acostó en el suelo, batiendo sin cesar la cola, los ojos fijos en su presa, la boca entreabierta y reseca. Esta escena horrible duraba ya dos horas mortales; la postura violenta del gaucho y la fascinación aterrante que ejercía sobre él la mirada sanguinaria, inmóvil, del tigre, del que por una fuerza invencible de atracción no podía apartar los ojos, habían empezado a de-

bilitar sus fuerzas, y ya veía próximo el momento en que su cuerpo extenuado iba a caer en su ancha boca, cuando el rumor lejano de galope de caballos le dió esperanza de salvación.

En efecto, sus amigos habían visto el rastro del tigre y corrían sin esperanza de salvarlo. El desparramo de la montura les reveló el lugar de la escena, y volar a él, desenrollar sus lazos, echarlos sobre el tigre, *empacado* y ciego de furor, fué la obra de un segundo. La fiera, estirada a dos lazos, no pudo escapar a las puñaladas repetidas con que en venganza de su prolongada agonía le traspasó el que iba a ser su víctima. “Entonces supe lo que era tener miedo” —decía el general don Juan Facundo Quiroga, contando a un grupo de oficiales este suceso.

*Domingo Faustino Sarmiento.*

**Domingo Faustino Sarmiento.**—Ilustre argentino nacido en San Juan el 15 de febrero de 1811 y muerto en el Paraguay el 11 de setiembre de 1888. Fué presidente de la Nación durante el período 1868-1874. Entre sus numerosas obras se destacan: “Facundo” o “Civilización y barbarie”, “Recuerdos de Provincia”, “Argirópolis”, “Las ciento y una”.

# Parte Cuarta

## INICIACIÓN LITERARIA

### POESIAS PARA SER RECITADAS

#### INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

*Como ejercicio de iniciación literaria, los alumnos deberán recitar estas breves poesías de Amado Nervo: "Los cinco", "Los sentidos", "La ardilla", "Trato hecho" y "Buen viaje".*

## LOS SENTIDOS

Niño, vamos a cantar  
una bonita canción  
yo te voy a preguntar,  
tú me vas a responder:  
Los ojos, ¿para qué son?  
—Los ojos son para ver.  
—¿Y el tacto? —Para tocar.  
—¿Y el oído? —Para oír.  
—¿Y el gusto? —Para gustar.  
—¿Y el olfato? —para oler.  
—¿Y el alma? —Para sentir,  
para querer y pensar.

*Amado Nervo.*

**Amado Nervo.**—Notable poeta mejicano (1870-1919), autor de "Místicas", "Perlas negras", "En voz baja", "Los jardines interiores".

## LA ARDILLA

La ardilla corre,  
la ardilla vuela,  
la ardilla salta  
como locuela...  
Mamá, la ardilla  
¿no va a la escuela?

Ven ardillita;  
tengo una jaula  
que es muy bonita.  
—No; yo prefiero  
mi tronco de árbol  
y mi agujero.

*Amado Nervo.*

## BUEN VIAJE

Con la mitad de un periódico  
hice un buque de papel,  
y en la fuente de mi casa  
va navegando muy bien.

Mi hermana con su abanico  
sopla que sopla sobre él.  
¡Muy buen viaje, muy bien viaje,  
buquecito de papel!

*Amado Nervo.*

**TRATO HECHO**

Oye, pichoncito amigo,  
yo quiero jugar contigo.  
—Niño, si quieres jugar,  
ven, sube a mi palomar.  
—Me faltan alas, no puedo.  
Baja tú, no tengas miedo.  
—Sin miedo voy a bajar,  
y jugaré satisfecho;  
pero trigo me has de dar.  
—Pichoncito, trato hecho.

*Amado Nervo.*

## Parte Quinta

### LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS TEMAS DE CONVERSACION

#### INDICACIONES DE LOS PROGRAMAS DEL CONSEJO NACIONAL DE EDUCACION

*Las conversaciones, los cuentos, las fábulas, las anécdotas, etc., enriquecen el vocabulario infantil; pero lo hacen en forma indirecta, sin obedecer a un plan. Hay que completar la enseñanza del vocabulario con el estudio sistemático de las palabras más corrientes asociándolas a ciertas ideas generales. A ese pensamiento obedecen los ocho temas de conversación que figuran en el programa de conocimientos: "el aula", "la escuela", "la casa", "la calle", "las prendas de vestir", "las partes del cuerpo", "los alimentos" y "los animales domésticos más conocidos".*

*De muchas cosas puede hablar el maestro al tratar esos temas, siempre que con tales conversaciones se acreciente el vocabulario del niño y se corrija el mal uso de algunas voces.*

*Para que haya enriquecimiento del vocabulario y no mera acumulación de vocablos vacíos de sentido, hay que iniciar la enseñanza asociando la palabra a la cosa significada. Si el niño ve el umbral y el dintel de una puerta no dirá nunca, como dicen algunos escritores peninsulares, que una persona está de pie en el dintel.*

*En los primeros pasos de la enseñanza del vocabulario es necesario, pues, mostrar al niño el objeto o por lo menos su imagen. "Un gran principio, dice Brunot, debe dominar toda la enseñanza sistemática del vocabulario: la palabra no tiene valor por sí misma; no es más que un signo. No deberá entonces separarse de la cosa que signifique; el conocimiento del objeto debe preceder, o al menos acompañar, al conocimiento de la palabra correspondiente". (L'Enseignement de la langue française, capítulo VIII).*

*Además de la presentación del objeto mismo o de su imagen, puede darse idea del significado de una palabra indicando el uso*

del objeto: el peine sirve para peinar, la plancha sirve para planchar, etc.

En este grado no deben darse definiciones de las palabras.

Cuando al enumerar las partes de una habitación se habla de la banderola a los niños de la Capital Federal, no hay enseñanza de vocabulario; la escuela se limita a remachar el uso incorrecto de una voz. La verdadera enseñanza consistirá en dar el término montante y en llamar la atención sobre el recto significado de la palabra banderola. Si en las escuelas de campaña de la provincia de Salta sólo se habla del "cuchi" y no se da el nombre que en la lengua general tiene ese paquidermo tampoco habrá enseñanza del vocabulario. La escuela no habrá hecho más que afianzar el uso del término regional. Aquí el verdadero aprendizaje del vocabulario tiene que consistir en enseñar la voz "puerco". (Después se hablará de los términos "cerdo", "marrano", "cochino"). Consideraciones análogas cabe hacer con las voces "canutero", "lapicera", "vereda", "saco", etc.

La escuela tiene que enseñar las palabras de la lengua culta, no las voces regionales. "Al estrecho particularismo de las hablas regionales, dice la Comisión de Didáctica, se opone, pues, la universalidad de la lengua culta, única que debe propagar la escuela". (Dictamen antes citado).

Con el pretexto de hablar familiarmente no debe decirse al niño vení, poné, apretá, querés, reite y demás formas bárbaras que trae consigo el voseo. Emplear ese lenguaje es perjudicar al alumno y desobedecer una expresa resolución superior, pues el Consejo Nacional ha prohibido que se vosee en las escuelas de su dependencia.

Capdevila ha censurado así nuestro voseo: "Pero la verdadera mancha del lenguaje argentino es el voseo. La frase rioplatense está como salpicada de viruelas con esa ignominiosa fealdad. Es de veras extraño que un pueblo tan hermosamente orgulloso de su personalidad como el nuestro, haya venido a singularizarse con tan calamitoso rasgo". (Babel y el castellano).

Los ocho temas de conversación son los siguientes:

1º — EL AULA.

2º — LA ESCUELA.

3º — LA CASA.

4º — LA CALLE.

5º — LAS PRENDAS DE VESTIR.

6º — LAS PARTES DEL CUERPO.

7º — LOS ALIMENTOS.

8º — LOS ANIMALES DOMESTICOS.

# EL AULA

## EL AULA

Sólo cuatro paredes, algunas blancas de cal, otras llenas de imágenes de próceres, de deliciosas figuras coloreadas representando pájaros o flores, de mapas en los que nos sumergimos para viajar con nuestra imaginación por todos los países del mundo.

Sólo cuatro paredes, pero ¡qué bello símbolo! El aula de nuestra escuela representa los más deliciosos años de nuestra vida, aquéllos en los cuales nuestras almas se van despertando a todas las emociones y a todos los conocimientos.

Enfrente está el encerado que llenaremos, con la ayuda de la frágil barra de tiza, de palabras nuevas, bellas, íntimas, y de números largos y redondos, algunos de los cuales salen a veces irreconocibles.

Y dirigiendo todo ese afán, ese anhelo, ese trabajo, el maestro, casi siempre grave, pero cordial y amigo. Y a nuestro alrededor, treinta compañeros con los mismos afanes, con los mismos ideales, como latiendo todos al ritmo de un solo corazón.

*Carlos M. Paz.*

**Carlos M. Paz.**—Escritor argentino contemporáneo, autor del libro "Voces del aula".

# LA ESCUELA

## LA TIZA

Diminuta columna quebradiza,  
dormitando en un bote de madera  
siete sueños cilíndricos, espera  
que le llegue el instante de ser tiza.

Y hete aquí que una mano se desliza,  
con temor de la tiza se apodera,  
para luego escribir a su manera,  
la inquietud de una letra primeriza.

Sin timón, mano mínima, desbarra  
y al gastarse la punta en la pizarra,  
se desprende un polvillo imponderable,  
levitando con rumbo a la ventana,  
para hundir sus patitas en el cable,  
que le extiende la luz de la mañana.

*Abel Santa Cruz.*

**Abel Santa Cruz.**—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Acércate" y "Cuerpo y alma".

## EL HIJO QUEDA EN LA ESCUELA...

El hijo queda en la escuela...

—Maestra:

el hijo queda contigo...

Me voy, paso a paso,  
despacio, despacito...

*Luciano Rottin.*

**Luciano Rottin.**—Escritor argentino contemporáneo, autor de “Elogio de mi ciudad” y “El poema del hijo”.

## LA BANDERA DE MAYO

Al cielo arrebataron nuestros gigantes padres  
el blanco y el celeste de nuestro pabellón;  
por eso en las regiones de la victoria ondea  
ese hijo de los cielos que no degeneró.

Cual águila en acecho se alzaba sobre el mundo  
para saber qué pueblos necesitaban de él;  
y llanos y montañas atravesando y ríos  
la libertad clavaba donde clavaba el pie.

Del cóndor de los Andes las alas no pudieron  
seguir en sus victorias al pabellón azul;  
ni la pupila impávida del águila un momento  
pudo mirar de frente su inextinguible luz.

¡Alcemos sus colores con vanidad, hermanos!  
De nuestra gran familia el apellido es él;  
dos bandos fratricidas le llevan en sus lanzas  
mañana en torno suyo se abrazarán también.

*Juan María Gutiérrez.*

**Juan María Gutiérrez.**—Escritor argentino (1809-1878), autor de “Origen y desarrollo de la Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires”, “Rivadavia”, “San Martín”, “El capitán de Patricios”, etc.

# LA CASA

## MI CASA

Mi casa querida es hecha de tierra,  
de troncos robustos, de agua y de cal.  
Mi casa está hecha de dorada arena  
traída a mi pueblo del fondo del mar.

Mi casa está hecha sobre tierra firme;  
y entre la espesura de la enredadera  
a todos abriga y a todos protege.  
¡Qué linda es mi casa! ¡Qué cálida y buena!

Mi casa es un árbol amigo de todos...  
Y parece a veces un hombre que piensa.  
O una madre buena que teme el peligro.  
¡Y cómo resiste las recias tormentas!

Mi casa está llena de caricias suaves,  
de miradas buenas, y hay calor de nidos...  
Mi casa está llena de ecos musicales  
de las voces dulces de todos los míos.

Mi casa querida es hecha de tierra,  
de troncos robustos, de agua y de cal.  
Mi casa está hecha de dorada arena  
traída a mi pueblo del fondo del mar.

*Pedro Jorge Garbí.*

## LA CASA DE LEOPOLDO LUGONES EN VILLA MARÍA DE RÍO SECO

Aquí, el pozo de balde y el algarrobo fiel;  
aquí, toda la casa donde naciera él:

Umbrales de madera donde apoyó su cara.  
Tierra sobre la cual alguna vez llorara.

Y el horno generoso de corazón profundo,  
hecho todo de barro, con redondez de mundo.

Y la pared de adobe más linda que ninguna,  
donde él, por vez primera, viera bajar la luna.

*José Pedroni.*

**José Pedroni.**—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Gracia Plena".

## LA CASITA DEL HORNERO

La casita del hornero  
tiene sala y tiene alcoba,  
y aunque en ella no hay escoba,  
limpia está con todo esmero.

Concluye el hornero su horno,  
y con el último toque,  
le deja áspero el reboque  
contra el frío y el bochorno...

*Leopoldo Lugones.*

**Leopoldo Lugones.**—Eminente escritor argentino (1874-1938), autor de "Las montañas del oro", "Los crepúsculos del jardín", "Lunario sentimental", "Odas seculares", "El libro de los paisajes", "La guerra gaucha", "Historia de Sarmiento", "Roca", etc.

# LA CALLE

## CALLECITA

Callecita desierta, callecita  
tranquila y silenciosa de mi pueblo,  
¡Cuánto te quiero, callecita triste,  
evocadora de lejanos tiempos!

En tus muros, musgosos, derruídos,  
han dejado sus huellas los inviernos  
y tus árboles altos, bondadosos,  
año tras año siguen floreciendo.

Aún pasan los mismos caminantes  
envejecidos, tristes y decrepitos.  
Y siempre con la misma indiferencia,  
a pesar de ser viejos.

Pero esta tarde, callecita triste,  
he venido a soñar aquí, contigo.  
Pues aunque ahora vivo un poco lejos,  
sigo siendo tu amigo.

*Pedro Jorge Garbi.*

## EL CAMINO DE LA ALDEA

Por este camino llegan.

Por este camino van.

La huella, colina arriba,  
 va al atajo montaraz;  
 alcor abajo a los surcos,  
 a la alfalfa y al mijar;  
 camino a los cuatro vientos  
 sabe Dios adónde irá...

Por este camino, vino  
 abuelo de allende el mar,  
 vino descolgando el humo  
 de su pipa y nada más.

*Carlos Carlino.*

**Carlos Carlino.**—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Vecindades", "Cara o cruz" y "Poemas de la tierra".

## LAS PRENDAS DE VESTIR

### LA TIENDA

Los estantes estaban llenos de piezas de tela, paños rojos, azules, verdes, pardos, y de mil colores, para faldas y sayas.

Había en la tienda pantalones, chaquetas azules, fajas de vivísima púrpura pendientes de sus dos extremos, boinas y otras prendas.

*Miguel de Unamuno.*

**Miguel de Unamuno.**—Famoso escritor español contemporáneo, autor de "El espejo de la muerte", "El Cristo de Velázquez", "Don Quijote y Sancho", "Tres novelas ejemplares", etc.

## LOS VESTIDOS DE BEBÉ

A Bebé le pusieron pantaloncitos cortos ceñidos a la rodilla, y blusa con cuello de marinero, de dril blanco como los pantalones, y medias de seda colorada y zapatos bajos.

*José Martí.*

## TRAJES DE LA CIUDAD Y DEL CAMPO

El hombre de la ciudad viste el traje europeo, vive la vida civilizada tal como la conocemos en todas partes: allí están las leyes, las ideas de progreso, los medios de instrucción, alguna organización municipal, el gobierno regular, etc. Saliendo del recinto de la ciudad todo cambia de aspecto: el hombre de campo lleva otro traje, que llamaré americano, por ser común a todos esos pueblos; sus hábitos de vida son diversos, sus necesidades peculiares y limitadas: parecen dos sociedades distintas, dos pueblos extraños uno de otro.

*Domingo F. Sarmiento.*

## LAS PARTES DEL CUERPO

### LOS CINCO

Este es el niño chiquito  
y bonito; al lado de él  
se encuentra el Señor de anillos;  
luego el mayor de los tres.

Estè es el que todo prueba,  
y sobre todo la miel.  
—¿Y éste, más gordo que todos?  
—Ese el Mata-pulgas es.

*Amado Nervo.*

## MANITAS

Manitas de los niños,  
manitas pedigüeñas,  
de los valles del mundo  
sois dueñas.

Manitas de los niños  
que hacia el árbol se tienden,  
por vosotros los frutos  
se encienden.

Y los panales llenos  
se vierten y se hienden.  
Y los hombres que pasan  
¡No entienden!

Manitas extendidas,  
manos de pobrecitos,  
benditos los que os colman,  
¡benditos!

*Gabriela Mistral.*

**Gabriela Mistral.**—Pseudónimo de la poetisa chilena contemporánea, Lucila Godoy. Entre sus obras se destacan: "Desolación" y "Tala".

# LOS ALIMENTOS

## LA LECHE

Cantemos a la leche cuyo gusto  
sabe a beso infantil en nuestra boca.  
La leche, plata líquida del pobre,  
que las jícaras blancas alborozan,  
y en el aro del queso se amoneda,  
y en lo más tierno del manjar provoca.  
Abramos a las míseras infancias  
el dulce manantial de la ubre rosa,  
y al prodigarse, floreciendo en niños,  
esa prosperidad tenga su gloria.  
Como en los Paraísos legendarios,  
ríos de leche nuestra dicha portan.

*Leopoldo Lugones.*

## EL HUEVO

La gallina puso un huevo  
— corocó, cocorocó —.  
Lo tomó el niño y corriendo  
a la abuela lo entregó:  
— “Quiero comerlo, abuelita —  
dijo el niño juguetón —;  
quiero comerlo en seguida”;  
y ella, tierna, lo escuchó.

Sobre la orilla de un plato  
 con un golpe lo partió,  
 y con manos amorosas  
 abrió la cáscara en dos.  
 Y adentro del plato blanco  
 el huevito derramó,  
 con su yema color fuego  
 y su clara sin color.

El niño dijo: —“¡Qué lindo!  
 ¡Qué lindo! ¡Parece un sol!  
 ¡Parece un sol de juguete  
 lo que voy a comer yo!”

*Fernán Silva Valdés.*

**Fernán Silva Valdés.**—Poeta uruguayo contemporáneo, autor de “Agua del tiempo”, “Romances del Sur”, etc.

## LA MERIENDA

Después, sentados todos en la arena o en las piedras en cerco, tomamos unos mates espumosos. Al lado de Pitín, que junta piedritas amarillas, azules, verdes, rojas, pasa como un garabato en un dibujo, una culebra. Pitín le tiende la manita carnosa y rueda sin poder alcanzarla; las mujeres se ponen en guardia; yo manifiesto mi sorpresa corriendo detrás de la raya fugitiva que al fin se me zambulle entre las piedras como si se zambullese en el río. Cuando creemos que no volverá, rehacemos la rueda y vuelve a circular el mate, reforzado por el pan criollo y el queso aceitoso de corteza impresa como libro.

*José Gabriel.*

**José Gabriel.**—Escritor argentino contemporáneo; entre sus numerosas obras se destacan “La fonda”, “El nadador y el agua”, “Bandera celeste”, “El pozo negro”, etc.

## LOS ANIMALES DOMESTICOS

### LA OVEJA

La oveja sufría mucho a causa de otros animales, y cansada de injusticias fué a ver al rey de la selva para rogarle que la amparase.

El león la recibió favorablemente y le dijo:

—Ya veo, dulce criatura, que te encuentras sin medio de defensa; elige tú misma la manera de remediar este defecto: ¿quieres que arme tu boca de afilados dientes y tus patas de poderosas garras?

—¡Oh, no! —respondió la oveja— Yo no quiero parecerme a los animales carniceros.

—Si te parece —continuó el león —pondré veneno en tu saliva.

—¡Señor! —replicó la oveja— Las serpientes venenosas son muy odiadas.

—Entonces, ¿qué debo hacer? Pondré cuernos sobre tu frente y daré fuerza a tu cuello.

—Tampoco, señor de la selva.

—Y sin embargo, —dijo el león— si quieres que otros se abstengan de hacerte daño sólo podrás conseguirlo pudiendo defenderte con las armas que ellos poseen.

—Si eso es necesario —suspiró la oveja— déjame como soy, no quiero hacer daño y es mejor sufrir la injusticia que obrar mal.

Desde ese día la dulce oveja, conforme con su suerte, dejó de quejarse.

*Gotthold E. Lessing.*

## GALLINITA BLANCA

La gallinita blanca  
ha puesto un huevo,  
que parece un confite  
por lo pequeño.  
Cuando tenga su cría  
¡así chiquito!  
saldrá en vez de gallina  
un pajarito.

*Tomás Allende Iragorri.*

**Tomás Allende Iragorri.**—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Transfiguración" y "Más allá de las lágrimas".

## Parte Sexta

### LECTURAS NECESARIAS PARA EL DESARROLLO DE LOS ASUNTOS

# NUESTRA ESCUELA

## LA ESCUELA

Era tiempo de abrir las cartillas abandonadas tantas veces a medio deletrear: la escuela nos llamaba a aprovechar la tranquilidad y la paz en sus bancas humildes. Nuestra madre nos hizo trajes nuevos, y nos puso corbatas para presentarnos al maestro, hombre de semblante duro y terco, pero de alma sensible y cariñosa, lo propio para hacerse respetar y querer de su enjambre inculto, pues no éramos otra cosa los flamantísimos escolares.

A medida que avanzaban mis conocimientos, la escuela iba siéndome más simpática; apostábamos entre mis hermanos y yo a quién se levantaba más temprano, y recuerdo haber ido algunas veces a dormir el último sueño, sentado en el umbral del aula, mucho antes de amanecer, esperando que se abriera la puerta. Aguijoneábanos el interés de los premios finales, las recomendaciones del maestro a mi padre, los elogios tributados en la clase y la esperanza de tener pronto en nuestras manos unos libros con láminas de

color en que leían los más adelantados; y sentíame rebosante de orgullo cuando por encima de sus hombros podía leerlos yo también, aunque estaban en letras más pequeñas que las del mío...

*Joaquín V. González.*

**Joaquín V. González.**—Estadista y escritor argentino (1863-1923). Autor de "Mis montañas", "La tradición nacional" y de notables obras de jurisprudencia.

## MI CANARIO

Tengo un canario,  
que es un tesoro,  
su pico es nácar,  
sus plumas oro.  
Cuando en la jaula  
mueve sus alas,  
no hay sol que alumbre  
como sus galas.

A mis llamados  
no se resiste,  
le doy lechuga,  
le pongo alpiste,  
y él, que me quiere  
como un hermano,  
canta y se posa  
sobre mi mano.

Sus cantos vierten  
luz y armonía  
y es de la casa  
sol y alegría.

Tengo un canario,  
que es un tesoro,  
su pico es nácar,  
sus plumas oro.

*Teodoro Palacios.*

**Teodoro Palacios.**—Poeta español que residió muchos años en la Argentina, autor del “Himno a la raza” y otras notables poesías.

## EL MALVÓN

Mi madre tenía en una maceta colorada un malvón pequeñito y humilde. Lo quería tanto que lo había colocado en la ventana de su cuarto y todas las mañanas lo regaba con una regadera pintada con vivos colores, que era como un juguete del cual fluía una lluvia de hilos de plata.

El malvón sentía como un estremecimiento de ternura y la miraba agradecido.

Quizás alguna vez mi madre lo hubiese regado también con una lágrima de sus ojos buenos.

*Carlos M. Paz.*

## PARA LOGRAR LARGA VIDA

Preguntó al gato Mambrú  
el lebrél Perdonavidas:  
—Pariente de Micifú,  
¿qué secreto tienes tú  
para vivir siete vidas?

Y Mambrú le contestó:  
—Mi secreto es muy sencillo,  
pues no consiste sinó  
en frecuentar como yo  
el aseo y el cepillo.

*Rafael Pombo*

**Rafael Pombo**—Escritor colombiano (1834-1911), autor de admirables fábulas.

## EL BARRIO

### EL BARRIO DE SAN TELMO

En el recuerdo de las noches viejas  
quiero evocarte, barrio de San Telmo.

Quiero evocarte con palabra humilde  
en la melancolía del regreso,  
con palabras que digo cual plegaria,  
tímidamente, bajo el triste cielo.

¡Cuántas noches vagué bajo tu calma,  
entre el perfume de las madre selvas;  
cuántas noches vagué cuando guitarras  
sollozaban en patios perfumados  
bajo la quieta luz de las estrellas!

¡Cuánta lumbre de ensueño en nuestra casa,  
cuánto ensueño de luz en tus callejas!

Tus muros: cicatrices del recuerdo;  
tus patios con fragancia de glicinas  
evocan siempre nuestro barrio viejo.

*Juan Fuscaldo.*

**Juan Fuscaldo.**—Poeta argentino contemporáneo, autor de “Custodia de San Telmo” y “Pájaro de Fuego”.

## BARRACAS

Barrio de trabajo,  
con traje de obrero:  
fábricas, barracas,  
depósitos, barcos,  
camiones, camiones,  
guinches, carros, guinches,  
hombres sudorosos:  
¡color, vida, esfuerzo!

Barrio de trabajo,  
barrio pintoresco:  
fábricas, usinas,  
chimeneas, mástiles,  
tractores, sirenas,  
trabajo, trabajo,  
hombres sudorosos;  
vida, vida, vida:  
¡color, lucha, esfuerzo!

*Luciano Rottin.*

## MATADEROS

Como aire de faena,  
con un algo de campo  
metido en la ciudad...  
Reseros a caballo,  
tropillas y tropillas  
que chapucearon barro  
de muchos recorridos,  
que hasta cielos nublaron  
con las mil polvaredas  
de los caminos largos...  
Tropillas y tropillas:  
reses que van llegando...  
Y en el aire, faena  
con un algo de campo.

*Luciano Rottin.*

## EL CABALLO

El caballo de la ciudad es manso y bueno. Arrastra el pesado carro de ladrillos con paso lento como ritmando una canción monótona y el frágil carrito del lechero con presteza y agilidad, como si tocara un tamboril

En los días de sol he visto a los carreros poner en la cabeza de sus caballos un sombrero de paja que les daba el aspecto de caballos de circo.

El caballo de la pampa relincha aspirando el aire fragante de los campos. Entre el verdor de la naturaleza vive feliz, ágil, fuerte y libre.

*Carlos M. Paz.*

## LA VACA

La vaca, en el campo, hace juego con la llanura infinita de la pampa, con su mansa planicie, con su lenta luz.

Pero en la ciudad la vaca es como un símbolo de paz entre el estrépito de los vehículos y el bullicio de la gente.

Por eso es para mí un espectáculo delicioso ver a las apacibles vacas del tambo por las calles de la ciudad mientras el tambero, hombre bonachón y simpático, hace sonar su jarro de lata.

*Carlos M. Paz.*

## EL NARANJO

Trasplantado de España, creció bajo el cielo de Buenos Aires, en un patio de la casa de mis abuelos. Quizás porque extrañaba la tierra, desenvolvióse miserable, casi atacado de raquitismo, así como esos niños que, concentrando en los ojos una belleza impropia de la edad, tienen una infancia triste. En el naranjo, los ojos fueron tempranas flores; tan tempranas, que parecía darlas aprisa, y fundir en ellas toda su enfermiza savia, presintiendo que la muerte le esperaba en la próxima estación. Pero, poco a poco, los cuidados le hicieron olvidar el aire primero que respirara y hasta la vieja fuente árabe que mezcló su murmurio al de sus hojas recién nacidas. El agua que le echaban religiosamente, con cariños de manos de enfermero; la poda, que ponía en la tijera la solicitud de un médico amigo, convirtieron al débil en un fuerte arbusto,

y, por último, un invierno benigno y una primavera extraordinaria le transformaron en un árbol magnífico.

Desde entonces, con avidez, esperaba los nuevos septiembres que le traían las golondrinas de Europa.

*Angel de Estrada.*

**Angel de Estrada.**—Escritor argentino (1872-1923), autor de "El color y la piedra", "La voz del Nilo", "Visión de paz", "Formas y espíritus", etc.

## LOS SIMBOLOS NACIONALES

### ORACIÓN A LA BANDERA

Esta bandera es, sobre todo, la bandera de la Nación, y pueblos compuestos por millones y millones de hombres libres, seguirán inclinando la frente a su paso hasta la terminación de los siglos. Levantemos los corazones para saludarla en su heroísmo de ayer, en su noble simplicidad de hoy y en su futura y portentosa grandeza. Vamos ahora a cobijarnos todos bajo sus pliegues y pidámosle que calme las pasiones rencorosas, que haga brotar a su sombra la virtud del patriotismo, como en otro tiempo el laurel del guerrero, y que conduzca a su pueblo por la paz, por el honor, por la libertad laboriosa, hasta ponerlo en posesión de sus destinos que le fueron prometidos por Belgrano al extenderla, victoriosa, sobre su cuna.

*Nicolás Avellaneda.*

**Nicolás Avellaneda.**—Ilustre argentino (1837-1885), que ocupó la presidencia de la Nación durante el período 1874-1880. Fue uno de los más notables oradores. Entre sus escritos literarios se destacan "Rivadavia", "El Congreso de Tucumán".

## JURAMENTO DE LA BANDERA

Belgrano asumió sobre sí la responsabilidad de enarbolar una nueva bandera, cuando todavía flameaba el pabellón español en la casa del gobierno revolucionario, el Fuerte de Buenos Aires. En vísperas de guarnecer sus dos baterías, el general patriota ofició al gobierno la grave resolución que tomara. Ya no podían los cuerpos revolucionarios seguir usando la bandera de sus enemigos. El día 27 de febrero era el señalado para inaugurar las baterías, a las cuales había bautizado con dos nombres simbólicos, que traducían las aspiraciones de su alma. Batería de "La Libertad" llamó a la de la barranca, y de "La Independencia" a la de la isla. Deseando coronarlas, como lo comunicó al gobierno, con un pabellón digno de estos nombres, que representaban dos grandes ideas, resolvió enarbolar en ellas el estandarte revolucionario, a cuya sombra debían conquistarse una y otra.

En la tarde del día indicado se formó la división en batalla sobre la barranca del río, en presencia del vecindario, congregado por orden del comandante militar. A su frente se extendían las floridas islas del Paraná, que limitaban el horizonte; a sus pies se deslizaban las corrientes del inmenso río, sobre cuya superficie reflejábanse las blancas nubes en el fondo azul de un cielo de verano. El sol, que se inclinaba al ocaso, iluminaba con sus oblicuos rayos aquel paisaje lleno de grandiosa majestad. En aquel momento, Belgrano, que recorría la línea a caballo, mandó formar cuadro, y, levantando la espada, dirigió a sus tropas las siguientes palabras: "¡Soldados de la Patria! En este punto hemos tenido la gloria de vestir la escarapela nacional; en aquél (y señaló la batería "Independencia") nuestras armas aumentarán sus glorias. Juremos vencer a

nuestros enemigos interiores y exteriores, y la América del Sur será el templo de la Independencia y de la Libertad. En fe de que así lo juráis, decid conmigo: "¡Viva la Patria!" Los soldados contestaron con un prolongado "¡viva!" Y, dirigiéndose en seguida a un oficial que estaba a la cabeza de un piquete, Belgrano le dijo: "Señor capitán y tropa destinada por primera vez a la batería "Independencia": id, posesionaos de ella y cumplid el juramento que acabáis de hacer." Las tropas ocuparon sus puestos de combate. Eran las seis y media de la tarde. En aquel momento se enarboló en ambas baterías la bandera azul y blanca, y su ascensión fué saludada con una salva de artillería. Así se inauguró la bandera argentina.

*Bartolomé Mitre.*

**Bartolomé Mitre.**—Ilustre argentino (1821-1906), que fué presidente de la Nación durante el período 1862-1868. Su obra es múltiple y entre ella se destaca su "Historia de Belgrano y de la independencia argentina" y la "Historia de San Martín y de la emancipación americana".

## ASUNTOS HISTORICOS

### EL DÍA DE LA PATRIA

Es el día de la patria; amanece la ciudad coronada de banderas movedizas, de celeste y blanco, matizadas por los colores de las extranjeras, asociadas al regocijo; y todas flamean con gracia sobre los altos edificios y al borde de las avenidas, como si se hubiesen libertado millares de

pájaros tropicales para revolotear encima de los techos cual mensajeros de nuevas felices.

De distintos puntos llegan ya los estampidos de las salvas al sol naciente, ya los agudos ecos del clarín que va a congrega las fuerzas militares, ya los redobles de los tambores tocando a formación; y todas las almas se bañan de alegría y los corazones laten de júbilo. Movimiento inusitado en las casas; hay que salir pronto a la calle, correr a la plaza histórica de Mayo, por donde va a pasar el desfile de las tropas.

Las calles convergentes parecen ríos que derraman corrientes humanas a un gran lago; las mujeres, los viejos y los niños se apresuran en pintoresco tumulto, todos vestidos de lo mejor, a ocupar lugar preferente. No hay techos, ni azoteas, ni balcones, que no estén bordados de gente ávida, conmovida, anhelante.

Es el día de la patria, y todos han olvidado tristezas, preocupaciones, recelos, y temores para ir a presenciar el paso de las armas lúcidas que sostienen el nombre argentino en el continente.

Día es éste para los soldados de recibir aplausos y miradas cariñosas de todo el pueblo, que confía en ellos el tesoro de su paz y su trabajo, de su nombre y de su gloria...

*Joaquín V. González.*

## LA INDEPENDENCIA - 1816

La tierra estaba yerma, opaco el cielo,  
la derrota doquier, nuestros campeones  
que en la tremenda lid fueron leones  
ven ya frustrado su arrogante anhelo.

América contempla en torvo duelo  
la bandera de Mayo hecha jirones;  
el enemigo avanza, sus legiones  
cantan victoria, estremeciendo el suelo.

Pero la patria irguiéndose entre ruínas:  
¡Atrás! prorrumpe; libre se proclama,  
rompe el vil yugo con potente brazo,

y, triunfantes, las armas argentinas  
llevan la libertad, su honor, su fama,  
desde el soberbio Plata al Chimborazo.

*Carlos Guido Spano.*

**Carlos Guido Spano**.—Escritor argentino (1827-1918). Fué un poeta querido por el pueblo y sus cantos se hicieron populares. Sus poesías fueron reunidas en los volúmenes titulados "Ecos lejanos" y "Hojas al viento".

## LAS BANDERAS

Las banderas de la tierra  
todas juntas, cuantas son,  
no son blancas y celestes  
como la que quiero yo.  
Unas tienen un escudo  
otras tienen un león,  
otras tienen las estrellas  
y la mía tiene el sol.  
Viva, viva, viva, viva,  
que la mía tiene el sol.

*Tomás Allende Iragorri.*

# LA LUZ SOLAR

## AURORA

¡Viva la mañana  
fresca y luminosa,  
que mis ojos abre  
con luz de oro y rosa!

De mi lecho salto.  
Abro la ventana.  
En la iglesia próxima,  
suena la campana.

Un lindo chingolo,  
mirándome, pía,  
como si quisiera  
decirme: —Buen día.

Siento un suave aroma  
de rosa temprana.  
Nuestro amigo el Sol  
dora mi ventana.

¡Qué alegre está el campo!  
¡Viva la mañana!

*Gastón Figueira.*

## LA RONDA DE LA LUNA

Luna, Luna, Luna:  
Mira nuestra ronda,  
blanca como tú,  
como tú redonda.

Luna, Luna Luna.  
¿Juegas a la ronda?  
¿Sabes la canción  
de la infanta blonda?

¿Conoces la historia  
de Caperucita?  
Oye, niña Luna:  
¿tienes madrecita?

Dile que esta noche  
tú quieres jugar.  
¡Baja, y con nosotros  
ven pronto a cantar!

*Gastón Figueira.*

## NUESTRAS PLANTAS

### DURAZNERO EN FLOR

Viejo duraznero que florido ríes  
en medio del patio;  
dulce duraznero de graciosas flores  
que plantó mi mano.

Eras pequeñito,  
apenas, apenas un endeble tallo  
y por el cuidado de mi mano amiga  
hoy eres robusto y espléndido árbol.

.....

En la casa nuestra,  
eres un amigo, eres un hermano...  
Todos te queremos... de distinto modo,  
con distintas formas de cariño, acaso,  
pero te queremos...

(Yo, por ti te quiero, porque eres un árbol,  
y también te quiero por tu flor graciosa:  
el cariño mío no es utilitario).

Todos te queremos... Si tú te secaras,  
¡qué triste y vacío quedaría el patio!

*Juan Burghi.*

**Juan Burghi.**—Poeta argentino contemporáneo, autor de "Al borde del sendero", "La senda familiar", etc.

## CANCIÓN DEL ÁRBOL

La rama que planto  
    en este agujerito  
será con el tiempo  
    todo un arbolito;  
tendrá muchas hojas  
    llenas de rocío  
y sus altas ramas  
    pobladas de nidos,  
y será un gran árbol  
    este árbol mío.

Y al llegar la noche  
    muchos pajaritos  
buscarán sus ramas  
    temblando de frío,  
pasarán la noche  
    acurrucaditos,  
y al llegar el día  
    alegres y activos,  
cantarán un poco  
    como agradecidos.

Prestará su sombra  
    allá en el estío,  
a los caminantes  
    y a los viejecitos,  
y en las vacaciones  
    vendré seguidito,  
a regarlo mucho  
    y a verlo un poquito,  
¡nos haremos grandes  
    yo y el arbolito!

*Tomás Allende Iragorri.*

BIBLIOTECA NACIONAL  
DE MAESTROS

## INDICE

	<u>pág.</u>
<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i> .....	9

### PARTE PRIMERA

#### Cuentos para ser relatados

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i> .....	12
<i>Caperucita Roja, Carlos Perrault</i> .....	13
<i>La Cenicienta, Carlos Perrault</i> .....	20
<i>Meñique, José Martí</i> .....	25
<i>Los dos ruiseñores, José Martí</i> .....	44
<i>Bebé y el señor don Pomposo, José Martí</i> .....	55
<i>La camisa del hombre feliz, Padre Luis Coloma</i> .....	59
<i>El rey en busca de novia, Antonio de Trueba</i> .....	63

### PARTE SEGUNDA

#### Fábulas para ser explicadas

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i> .....	67
<i>El asno y el cochino, Félix M. de Samaniego</i> .....	67
<i>El zagal y las ovejas, Félix M. de Samaniego</i> .....	68
<i>Los dos conejos, Tomás de Iriarte</i> .....	69
<i>El ladrón, Félix M. de Samaniego</i> .....	70
<i>El burro flautista, Tomás de Iriarte</i> .....	71
<i>Los caracoles, Juan Eugenio Hartzenbusch</i> .....	72

### PARTE TERCERA

#### Anécdotas para ser narradas

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i> .....	73
<i>Facundo Quiroga acosado por un tigre, Domingo F. Sarmiento</i> .....	73

## PARTE CUARTA

## Poesías para ser recitadas

## INICIACIÓN LITERARIA

Los sentidos, <i>Amado Nervo</i> .....	77
La ardilla, <i>Amado Nervo</i> .....	78
Buen viaje, <i>Amado Nervo</i> .....	78
Trato hecho, <i>Amado Nervo</i> .....	79
Los cinco, <i>Amado Nervo</i> .....	89

## PARTE QUINTA

## Lecturas necesarias para el desarrollo de los temas de conversación

<i>Indicaciones de los programa del Consejo Nacional de Educación</i> .....	80
---	----

## EL AULA:

El aula, <i>Carlos M. Paz</i> .....	82
-------------------------------------	----

## LA ESCUELA:

La tiza, <i>Abel Santa Cruz</i> .....	83
El hijo queda en la escuela, <i>Luciano Rottin</i> .....	83
La bandera de Mayo, <i>Juan María Gutiérrez</i> .....	84

## LA CASA:

Mi casa, <i>Pedro Jorge Garbi</i> .....	85
La casa de Leopoldo Lugones, <i>José Pedroni</i> .....	86
La casita del hornero, <i>Leopoldo Lugones</i> .....	86

## LA CALLE:

Callecita, <i>Pedro Jorge Garbi</i> .....	87
El camino de la aldea, <i>Carlos Carlino</i> .....	87

## LAS PRENDAS DE VESTIR:

La tienda, <i>Miguel de Unamuno</i> .....	88
Los vestidos de Bebé, <i>José Martí</i> .....	89
Trajes de la ciudad y del campo, <i>Domingo F. Sarmiento</i> .....	89

## LAS PARTES DEL CUERPO:

Los cinco, <i>Amado Nervo</i> .....	89
Manitas, <i>Gabriela Mistral</i> .....	90

## LOS ALIMENTOS:

La leche, <i>Leopoldo Lugones</i> .....	91
El huevo, <i>Fernán Silva Valdés</i> .....	91
La merienda, <i>José Gabriel</i> .....	92

## LOS ANIMALES DOMÉSTICOS:

La oveja, <i>Gotthold E. Léssing</i> .....	93
Gallinita blanca, <i>Tomás Allende Iragorri</i> .....	94

## PARTE SEXTA

## Lecturas necesarias para el desarrollo de los asuntos

<i>Indicaciones de los programas del Consejo Nacional de Educación</i> .....	95
--	----

## NUESTRA ESCUELA:

A)	
La escuela, <i>Joaquín V. González</i> .....	95
B)	
Mi canario, <i>Teodoro Palacios</i> .....	96
C)	
El malvón, <i>Carlos M. Paz</i> .....	97
Para lograr larga vida, <i>Rafael Pombo</i> .....	97

## EL BARRIO:

A)	
El barrio de San Telmo, <i>Juan Fuscaldo</i> .....	98
Barracas, <i>Luciano Rottin</i> .....	99
Mataderos, <i>Luciano Rottin</i> .....	100
B)	
El caballo, <i>Carlos M. Paz</i> .....	100
La vaca, <i>Carlos M. Paz</i> .....	101
C)	
El naranjo, <i>Angel de Estrada</i> .....	101

## LOS SÍMBOLOS NACIONALES:

Oración a la bandera, <i>Nicolás Avellaneda</i> .....	102
Juramento de la bandera, <i>Bartolomé Mitre</i> .....	103

## ASUNTOS HISTÓRICOS:

El día de la patria, <i>Joaquín V. González</i> .....	104
La Independencia, <i>Carlos Guido Spano</i> .....	105
Las banderas, <i>Tomás Allende Iragorri</i> .....	106

## LA LUZ SOLAR:

Aurora, <i>Gastón Figueroa</i> .....	107
La ronda de la luna, <i>Gastón Figueroa</i> .....	108

## NUESTRAS PLANTAS:

Duraznero en flor, <i>Juan Burghi</i> .....	108
Canción del árbol, <i>Tomás Allende Iragorri</i> .....	109



*El 22 de febrero de 1940 se  
concluyó de imprimir este li-  
bro en los talleres gráficos de  
J. Hays Bell, calle Brandsen  
esquina Gaboto, Buenos Aires.*



